

HISTORIA

DE VARIOS SUCESOS

OCURRIDOS EN LA ALDEA

DESPUÉS DE LA MUERTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

POR

JOSÉ ABAURRE Y MESA

~~~~~  
TOMO II  
~~~~~

MADRID

SUCESORES DE RIVADENEYRA

Paseo de San Vicente, núm. 20

1901

16
can

J. Masaveu,
Madrid, II-968

f. 1401436

HISTORIA
DE VARIOS SUCESOS
OCURRIDOS EN LA ALDEA
después de la muerte
DEL INGENIOSO HIDALGO
Don Quijote de la Mancha

HISTORIA

DE VARIOS SUCESOS

OCURRIDOS EN LA ALDEA

DESPUÉS DE LA MUERTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

FOR

JOSÉ ABAURRE Y MESA

~~~~~  
TOMO II  
~~~~~

MADRID

SUCESORES DE RIVADENEYRA

Paseo de San Vicente, núm. 20

—
1901

HISTORIA

DE VARIOS SUJETOS

OCCURRIDOS EN LA ALDEA

DE LA MARCHA

DEL SEÑOR DON NICHOLAS

DE LA MARCHA

*Es propiedad.
Queda hecho el
depósito que marca
la Ley.*

JOSE ABARRE Y MESA

TOMO II

MADRID

ENCUADERA DE RIVADENEYRA

Calle de San Yago número 10

1851

R. 184922

CAPÍTULO PRIMERO

QUE TRATA DE CÓMO EL BACHILLER SANSÓN
CARRASCO VOLVIÓ Á SER EL CABALLERO DE
LA BLANCA LUNA.

RECUÉRDESE, dice el autor de la presente Historia, que así como Cide Hamete Benenjeli tomó á su cargo el escribir y dar á conocer al mundo la grandiosa Historia de Don Quijote de la Mancha, quiere él publicar hoy los hechos ocurridos en la aldea después de la muerte del Ingenioso Hidalgo, que si fueron objeto de la mayor admiración, los ocurridos al Bachiller parecían ser llevados de la misma mano.

Refiere, pues, la historia, que á la hora de la media noche de aquel

día en que tuvo efecto el diálogo mantenido entre el Cura, maese Nicolás y Sancho Panza, llegóse á la puerta de la casa de Pedro Alonso (1) un encubierto y llamó sigilosamente y con toda precaución. Admiróse aquél al reconocer á quien á tan alta hora de la noche iba á visitarle, pues no era otro que su convecino Sansón Carrasco, el cual le significó su deseo de hablarle reservadamente.

Hizo Pedro Alonso entrar en su casa al Bachiller, entablándose entre ambos una interesante conversación por la cual bien prontamente comprendió el Alonso que se trataba de prestar un servicio que redun-

(1) Este Pedro Alonso era el labrador que, volviendo de llevar una carga de trigo al molino, halló á Don Quijote tendido en el suelo á causa de la paliza que le diera uno de los mozos de los mercaderes toledanos en su primera salida.—
Capítulo v, parte 1, *Don Quijote de la Mancha*.

daría en su provecho; y aunque vacilante y temeroso ante las indicaciones que el Bachiller le hacía, bien á las claras demostraba su deseo de rendirse ante las insinuaciones de éste. Viendo el Bachiller que no eran bastantes las palabras á convencerle, creyó oportuno emplear la llave de oro que en todas las edades ha abierto las puertas al convencimiento, y así dijole á Pedro Alonso:

—Por cierto, amigo Pedro, que habiéndoos tenido toda la vida por hombre razonable y decidido, creí que me seguiríais sin vacilación alguna, porque en verdad, si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas.

Y dicho esto, púsose en pie como para marcharse de la casa, visto lo cual por Pedro Alonso se decidió á expresarse del modo siguiente:

—No dudo, señor Bachiller, que los propósitos que mueven á vuesa

merced deberán ir guiados de un buen deseo, y que en nada ofenderán á nuestra Santa Religión y á nuestro prójimo, y si me aseguráis que por la empresa que me proponéis no he de dar en Peralvillo, me obligo de aquí en adelante, y mientras podáis necesitar de mis servicios, á obedeceros en todo, siempre que no sea en perjuicio de Dios y de su Santa Iglesia.

— Gracias sean dadas á Dios — dijo el Bachiller — por vuestra resuelta determinación, porque contando con la prudencia que en vos reconozco, podré ver realizados mis propósitos de gloria, de la que vos participaréis.

— Sea en buenhora — exclamó Pedro Alonso, — y Dios quiera que orégano sea y no se nos vuelva alcarabea.

— Dios mira siempre por los buenos y hará que eternamente resplandezcan su bondad y su justicia

—dijole el Bachiller, disponiéndose para salir de la casa.—Tomad estos escudos, cuya cantidad se aumentará según vuestros servicios, y preparaos convenientemente, porque no vamos á bodas, sino á tener, si Dios no lo remedia, dares y tomares con hombres de carne y hueso, salvo que la razón y la justicia no se concedan á mi primera insinuación. Aderezad convenientemente vuestra caballería, y haced vuestros preparativos, llevando al cinto la mejor espada de que os podáis proveer, por si os vierais en el caso de defensores de algún injusto acometimiento, y confiad en que me vereis siempre á vuestro lado para prestaros la conveniente ayuda.

—Todo será cumplido conforme á vuestro deseo — dijole Pedro Alonso,—y á las primeras horas de la mañana pasaré por vuestra casa para recibir órdenes.

—Podéis ir desde luego, acompa-

ñado de vuestro rucio, á la casa de mi pariente D. García de Torres, donde me hallaréis dispuesto para emprender nuestra marcha.

Despidióse el Bachiller, quedando Pedro Alonso sumamente pensativo por la conversación habida. «Dios quiera que el diablo, que todo lo añazca — se dijo Pedro Alonso cuando se vió solo, — y que no deja de ponernos ante los ojos añagazas en las que caemos atados de pies y manos, no haya urdido una de las tuyas en mi contra, cuando hasta la presente me ha librado de caer en sus redes.»

Desde los primeros momentos de la conversación habida entre el Bachiller y Pedro Alonso, éste llegó á sospechar que alguna segunda idea movía á aquél para hacer las proposiciones que le había escuchado, y así, formóse el proyecto, movido más bien por la caridad que por el interés, de no abandonarlo,

haciéndole ver con prudentes observaciones que no dejaría de prestarle sus servicios.

Todas estas reflexiones se las hacía Pedro Alonso mientras se preparaba para la marcha.

Pasó más tarde el Bachiller á la casa de su pariente D. García de Torres, y hallando en ella á Tomé Cecial, hizole entrega de una carta que para el señor Cura había escrito, en la que le comunicaba su marcha para Salamanca á fin de continuar sus estudios, rogándole que le dispensase la despedida por aprovechar la ocasión de un oportuno viaje que se le presentaba, y dejándole encomendado el cuidado de su familia.

Hallándose sólo el Bachiller, pasó á la sala de armas, y apoderándose de la armadura completa que á él mismo le sirvió para encubrirse bajo el mote de *El Caballero de la Blanca Luna*, hizole entrega de ella á

Pedro Alonso, que acababa de llegar á la casa, el cual la colocó convenientemente sobre el rucio que había traído. En resolución, dióle el Bachiller las oportunas instrucciones, señalándole el lugar donde había de esperarle y reunirse con él muy luego.

Poco después emprendió el Bachiller su camino en busca de Pedro Alonso, á quien halló á no larga distancia de la aldea, y reuniéndose con él, continuaron su marcha, si bien separándose de la senda que llevaban para internarse en una floresta que cerca de allí se hallaba.

— Cuando llegaron á un lugar que al Bachiller pareció el más conveniente y donde la soledad y el silencio reinaban, hizo de la rienda á su caballo, y descendiendo de él habló á Pedro Alonso de la siguiente manera:

— Gracias doy al cielo porque obstáculo y entorpecimiento alguno

no se han opuesto á mi propósito, que hasta la hora presente nada ha venido á contrariarlo; por lo que bien creo que la fortuna va guiando mis pasos mucho mejor de cuanto yo hubiere pedido. Ya os he indicado, aunque no lo habéis comprendido, cuáles son los motivos que me han impulsado á tomar la determinación de salir al encuentro de un poderoso señor que, según yo afirmo, viene derechamente contra mí.

—Sí, sí, señor. Algo llegué á entender de ello en la pasada noche, cuando empezasteis á hablarme de esta salida, que hasta la presente se ajusta en un todo á vuestros deseos.

—Creo —manifestóle el Bachiller—que el haberos elegido por escudero (porque desde este momento llevaréis ese título) es un presagio de que la fortuna ha de declararse siempre en favor mío, y muy principalmente en estos primeros ins-

tantes. Debo, pues, deciros que el diablo, que no cesa de perseguir á los buenos, ha urdido en contra mía la más extraña falsedad que todo el infierno reunido hubiera podido tramar. Ello parece ser que á mi vuelta de Barcelona, en donde realicé el malhadado pensamiento de combatir y vencer á nuestro convecino Don Quijote, y no muy lejos del lugar de la acción, amparé y protegí á una misteriosa dama, á quien unos desaforados malandrines tenazmente perseguían (y por estas mis palabras vendréis en conocimiento de que no sólo en la Mancha abunda la perniciosa semilla de malandrines y mal nacidos); servile de protector hasta dejarla en lugar conveniente y seguro para su honra, habiendo llegado algunos días después á mi conocimiento que los parientes y deudos, creyendo que fuí el forzador de la que aseguraban ser doncella, enviáronme sigilosamente un cartel de

desaño, si no me unía á aquella dama en santo matrimonio; todo lo cual impedía mi propósito de pertenecer á la Iglesia, á más de la notoria falsedad del hecho que se me imputaba. Mantenedos sus parientes en sus trece y yo en mis catorce, se han decidido á vengar el supuesto ultraje á su familia (y ya sabéis cuán obstinados son los aragoneses en sus pretensiones). Hoy, pues, salgo al encuentro de ellos, porque á imitación de nuestro Don Quijote, que es el espejo donde deben mirarse todos los buenos caballeros, no debo volver la espalda al peligro, sino decididamente afrontarlo, por aquello de que más honrosamente queda el soldado que muere en la batalla, que el que vergonzosamente huye.

No dejó de comprender Pedro Alonso que esa historieta que acababa de referirle el Bachiller y que con tanto misterio le comunicaba en medio de aquella soledad, era la

forma de que se valía para engañarle y para que lo siguiese, y fingiéndose convencido por sus palabras.

— Paréceme — le dijo — que os asiste en un todo la razón para mantener vuestro derecho.

Toda esta conversación pasó entre ambos mientras Pedro Alonso fué colocando la armadura sobre los robustos miembros del Bachiller, y apenas se vió éste transformado en el Caballero de la Blanca Luna, dando al olvido la tan extraña historia que acababa de inventar á su escudero, porque así le convenia, exclamó:

—Ensíllenme el potro Rucio
Del Alcaide de los Vélez,
Denme la adarga de Fez
Y la jacerina fuerte,
Una lanza con dos hierros,
Entrambos de agudo temple;
Y aquel acerado casco
Con el morado bonete,
Que tiene plumas pajizas
Entre blancos martinets,

Y garzotas medio pardas,
Antes que me vista denme (1).

Pedro Alonso habíase quedado suspenso y admirado durante el breve tiempo que empleara el Bachiller en recitar este romance, y como á cada cosa que su amo le pedía no sabía de qué modo obedecerle para entregársela, dábase á mil Satanases por no entender migaja de aquella relación, y así, aturdido y confuso, exclamó:

— Señor, lléveme el diablo si vos he entendido una sola palabra de vuestra retahila, y si vais á dar á cada paso en recitar coplas que yo no acertaré á alcanzar, me veré precisado á repetir:

Mala la hubisteis, franceses,
En esa de Roncesvalles:
Don Carlos perdió la honra,
Murieron los doce Pares.

(1) Romance de Azarque el Granadino, *Romancero general*.

— No os inquietéis, amigo Pedro, por no alcanzar á comprender ciertas cosas. Básteos entender que vuestro amo y señor sabe lo que se dice, y que á vos os cumple como buen escudero, obedecer y callar; porque no estaría bien que, contraviniendo á las buenas reglas, os pongáis sin causa fundada en preguntas y respuestas que bien pudieran ser en perjuicio de vos, porque de todos es bien sabido que siempre se rompe la sogá por lo más delgado.

—Comprendido, señor, y me obligo á que de aquí en adelante tengáis en mí á cierto escudero que no hablaba ni habló una sola palabra mientras lo fué de su señor.

—No es mi voluntad que lleguéis á imitar en absoluto á ese escudero de que me habláis, que, si mal no recuerdo, llamábase Gazabal, y lo fué de D. Galaor, hermano de Amadís de Gaula; quisiera, sí, que midieseis vuestras reflexiones por las re-

glas del buen sentido, pues no gusto de que os atengáis en todo á aquel decir «al buen callar llaman Sancho».

—Sea en hora buena, y así podrá ser que se cumpla el otro adagio: «obedece á tu señor, y te sentarás con él á la mesa».

Terminada la armadura del Bachiller, montó en su caballo y emprendió la marcha seguido de su escudero. Sintiéndose éste acometido de algunos desmayos, acudió al repuesto de sus alforjas y comenzó á hacer por la vida, mientras el Bachiller se alimentaba de suspiros y ternezas.

CAPÍTULO II

DONDE SE CONTINÚA EL DIÁLOGO MANTENIDO
POR EL CABALLERO DE LA BLANCA LUNA
Y SU ESCUDERO PEDRO ALONSO.

EN medio de aquella espesura paró el Bachiller su caballo, suspendiendo á la vez su marcha el asno que á su escudero conducía, y exclamó, después de mirar al cielo, de la siguiente manera:

—¿Qué fuerza pudo apartarme
De veros, señora mía?
¿Cómo vivo siendo ausente
De la gloria que tenía?
Con los ojos de mi alma
Os contemplo noche y día,
Y con estos que os miraba
Lloró el mal que padecía.
Maldigo la triste ausencia,

Alabo mi fantasía,
Porque en ella resplandece
Lo que tanto ver quería.
Aquí se aviva mi pena,
Y esfuércela mi porfia
Del fuego de mi deseo
Que en mis entrañas ardía (1).

—Señor—exclamó Pedro Alonso,
—si vuesa merced no lo lleva á mal
y no llego á merecer la pena de ex-
comunión mayor, quisiera que me
absolvieseis de una duda, la cual
desde que entré á vuestro servicio
me viene atormentando.

—Si prometéis ser breve en vuestro relato, tenéis mi licencia—contestó el Bachiller.

—Teniendo vuestro permiso, comenzaré diciendo: Érase que se era, que en buena hora sea, el bien que viniere para todos sea, y el mal para la manceba del Abad, frío y calentura para la amiga del Cura, dolor

(1) El Ausente. *Cancionero General*.

de costado para el ama del Vicario, y gota de coral para el rufo sacristán, hambre y pestilencia para los contrarios de la Iglesia.

—¿Qué estáis diciendo, escudero de Satanás? — exclamó el Bachiller montando en cólera. — ¿Creéis, por ventura, que es hora ésta de burlas y menosprecios? ¿Os habéis olvidado de quién soy y de los respetos que merezco, para que os vengáis con semejante salida?

— Perdonad, señor — manifestó temerosa y maliciosamente el escudero; — porque ha estado muy lejos de mi ánimo el olvidarme de quien soy ni de los respetos que merecéis.

—Vuestras palabras, Pedro, os vuelven á mi estimación, que bien merecéis; olvidad lo pasado, y prosigamos nuestra marcha, dejando para otra ocasión el comunicarme vuestra duda.

Iba el Bachiller sumergido en sus

pensamientos, exclamando en medio de la soledad que en aquella floresta reinaba:

—Yo ya perdí mi contento
Si acaso pude tenelle,
Mezclado entre los temores
Del mal que tengo presente (1).

En esta forma pasó el resto del día; y siendo la hora de la caída de la tarde, acercósele su escudero, diciéndole:

—Paréceme, amo y señor mío, que se nos acerca la noche sin que nos sea dable detener la carrera del sol, que no parece sino que se muestra cansado de mostrarnos su luz para dar lugar al reposo con que la noche nos convida. No lejos de aquí hállanse unas chozas de leñadores y carboneros, en las cuales podemos pasar la noche, y en una

(1) *Romancero General*. Fragmento de un romance del siglo xvi.

de ellas hallaréis el descanso que necesitáis para estar en condiciones de lucha.

—Habéis hablado—dijole Sansón Carrasco— cual cumple á un fiel y cuidadoso escudero. Ved de encaminar vuestro rucio hacia esas chozas que decís.

Pasó delante Pedro Alonso, y después de haberse orientado para tomar el camino que debían seguir, se decidió por una senda que muy en breve los condujo al lugar en donde una mal provista choza ofrecía albergue á unos cuantos leñadores y carboneros que se disponían á tomar su frugal alimento.

Llegaron amo y escudero, los cuales fueron muy bien recibidos por aquella gente, ofreciéndoseles para cuanto pudieran necesitar, y ellos, en su escasez de recursos, ponerles á su disposición.

Mostróse el Bachiller gustoso y satisfecho, dispuesto á aceptar lo

que tan bondadosamente se les ofrecía, ordenando á su escudero que del repuesto de sus alforjas sacase para compartirlo con ellos.

Cenaban aquéllos guardando el mayor silencio, como dando lugar á que sus huéspedes lo interrumpiesen con cualquiera observación; y creyendo el Bachiller que no hablaban por respeto hacia ellos, levantóse del asiento que ocupaba, y con semblante afable y agradable sonrisa rompió el silencio que reinaba con semejantes razones:

«— *O tempora, o mores!* ¡Felices aquéllos para quienes tienen ordenado los cielos gozar los encantos de una vida, no como la presente, llena de sinsabores y disgustos, cuyo pobre alimento, por su costo durísimo, hase ablandado y suavizado con lágrimas y suspiros! Desvanecidas las tinieblas que por tan luengos siglos extendiera el imperio del mal ofuscando á la razón,

promoviendo al extravío y conturbando el espíritu con el dominio de las halagadoras pasiones, se alzará triunfante el genio protector de la humana especie, aletargado por la ponzoñosa atmósfera saturada por tantos crímenes é iniquidades sufridas por los hombres. ¡Ah! ¡Sí! Desaparecerá, sumergiéndose en los profundos para no volver jamás en la vida humana, la vanidad, que, unida al orgullo en lazo estrechísimo, ha sido productora de perturbaciones infinitas, arraigadas tenazmente en los humanos pechos.

»Huirá la envidia por carecer de causa que la promueva; la avaricia no hallará corazones donde albergarse; el pernicioso y desenfrenado amor, causante de tantos males, será abatido por el honesto sentir que eleva y engrandece, como fuente de la reproducción humana.

»Las pasiones todas serán refrenadas, no por la videncia de la ley,

sino por el sentido concepto del deber y el imperioso fuero de la conciencia.

»Apenas habrá sobre quienes hacer sentir el peso de la justicia. El derecho, sentido por todos; la ley, casi innecesaria; la buena fe, triunfadora en todos los actos, y, como consecuencia, el bien social, dueño y señor del mundo.»

Todo este largo discurso, que tan intempestivamente fué pronunciado por el Bachiller, no dejó de causar gran admiración á los campesinos, que así entendían lo que aquél les había dicho, como por los cerros de Úbeda. Algunos de ellos, rindiéndose al sueño, se quedaron dormidos antes de terminar esta arenga, y el que parecía ser al que más respeto guardaban por su edad, díjole al Bachiller:

— Señor, las penosas faenas á que nos entregamos durante el día, que bien de mañana para nosotros em-

pieza, nos obliga á procurarnos el descanso desde las primeras horas de la noche; y así, no os debe extrañar que algunos de mis compañeros se hayan rendido al sueño en esta hora en que para los moradores de las villas y ciudades comienzan ciertos regocijos á que no estamos acostumbrados.

—Comprendo—contestóle el Bachiller;—idos á descansar, que mi escudero y yo nos acomodaremos como podamos hasta la hora en que se alegran los campos y todos los seres se regocijan por la venida del nuevo día.

Retiróse cada cual de aquellos campesinos á posesionarse de su hatu, acomodándose amo y escudero donde creyeron que les sería menos pesada la larga noche que á toda prisa se entraba. Pasóla en profundo sueño Pedro Alonso; no así el Bachiller, el cual, entre dormido y despierto, dando vueltas en

su acalorada imaginación á las peregrinas ideas que le habían tenido desvelado, exclamaba: «¡ Ah, señor Duque! yo os probaré con la fuerza de mi robusto brazo que jamás tuve intento de matar al valeroso Don Quijote de la Mancha, sino reducirlo á juicio y buena vida; y yo os demostraré también que no os temo y que os aguardo en campo abierto para venceros una y mil veces.» Y á este tenor prorrumplía fuertemente en frases y exclamaciones, que bien á las claras decían el estado de su flaco cerebro.

CAPÍTULO III

QUE TRATA DE LO QUE EN ÉL SE VERÁ

MIENTRAS se realizaban los hechos que quedan referidos en el anterior capítulo, ocurrían en la aldea otros no menos interesantes por su naturaleza, y principalmente por el misterio en que venían envueltos.

Consígnase en la historia que pasadas las primeras horas de la mañana y en la que tuvo conocimiento el Cura de la despedida que el Bachiller Sansón Carrasco le había hecho por medio de la carta que recibiera de manos de Tomé Cecial, avistóse con maese Nicolás el Barbero, á quien dióle cuenta de lo

ocurrido; y como quiera que su semblante como sus palabras revelaban una extrañeza y una inquietud muy marcadas, creyó oportuno maese Nicolás tranquilizarle, diciéndole:

—Mal sientan en vuestro ánimo y semblante las muestras de inquietud; porque bien creo que, muy por el contrario, debierais alegraros de esa ausencia de nuestro Bachiller, que la justifica la llegada del tiempo en que todas las universidades dan comienzos á sus trabajos; y si vais á dar en la tema de sospechar y temer á cada paso y por cualquier motivo, sería el cuento de nunca acabar y el vivir en una constante inquietud, cuando la fortuna nos ofrece la tranquilidad que estábamos muy lejos de esperar con esta ausencia que, de no haberse efectuado por tan justificada causa, hubiéramos tenido que promoverla, aunque hubiese sido valiéndonos de engaños ó usando de la violencia.

—Gracias os doy, maese Nicolás, por cuanto me habéis dicho, y veo muy claramente cuán injustificados han sido los temores que de momento abrigué. Apartemos de nuestro ánimo toda intranquilidad y veamos de hacer frente á los acontecimientos que habrán de sucederse con la llegada de los Duques y durante el tiempo de su permanencia en este lugar.

No bien hubo terminado el Cura estas palabras cuando presentóse el ama anunciándole la llegada de dos forasteros, de quienes no supo darle cuenta. Inquietóse el Cura, alteróse el ánimo del Barbero, y dirigiéndose apresuradamente á la puerta del aposento, vieron que hacia ellos venían dos personajes de riguroso luto. Reconociendo el Cura y el Barbero al paje de los Duques, y haciéndole un saludo al que le acompañaba, los hizo entrar rogándoles que les comunicaran la razón de su visita, si

bien se le alcanzaba que habría de relacionarse con la próxima llegada de sus Excelencias.

Trató maese Nicolás de retirarse, mas se detuvo á las primeras frases que le dirigió el Cura. Hizo éste tomar asiento á los recién llegados, y les dijo:

—Bien creo que esta visita, para mí tan honrosa como satisfactoria, es la más evidente prueba que desear podría de que la llegada de sus Excelencias deberá verificarse de un momento á otro, y espero me digáis cuáles sean las órdenes que de los señores Duques habéis recibido.

—Cumpló mi encargo entregándoos esta carta—dijo el paje,—y á la vez presentándoos á este señor que me acompaña, que su Excelencia ha dispuesto que venga conmigo para cumplimentar sus órdenes.

Saludó el Cura al nuevo personaje, el cual, después de una ligera inclinación de cabeza, pronunció

algunas frases en correcto italiano, manifestándole el paje que desconocía en absoluto el idioma español.

Abrió el Cura la carta, en la cual se limitaba el Duque á expresarle que llegaría á pocos días de su recibo.

Observaron tanto el Cura como maese Nicolás el misterio con que se presentaba el paje de los Duques y su acompañante, y más aún cuando se apresuraron á salir de la casa para visitar las inmediaciones del lugar.

Habiendo quedado solos el Cura y maese Nicolás:

—Señor Cura— exclamó éste,— me he sentido impresionado por el aspecto del individuo á quien el paje acompaña. ¿Quién será él? Porque observo en su persona una gravedad que espanta, aunque en su semblante y en sus modales se significa una afabilidad muy marcada.

—Ríndome— dijo el Cura— ante los deseos de su Excelencia, si es su propósito que de ese personaje se observe y guarde el mayor secreto; sólo cúpleme respetar su voluntad.

Despidióse el Barbero, aunque tascando el freno de la curiosidad, para encaminarse derechamente á la casa de Sancho á fin de comunicarle cuanto había presenciado, prometiéndose interesar los ánimos de algunos, mover la curiosidad de muchos y alborotar á todos, movido por el interés que ofrecían aquellos preliminares de los sucesos, que, á su juicio, no se habían registrado semejantes en la historia de aquel lugar.

Habiendo regresado el paje y su acompañante á la casa del Cura del paseo por el lugar, desconociéndose la causa que lo motivara, y después de terminado el almuerzo que el Cura les ofreció, tuvieron todos no-

ticia de que á la entrada de la aldea habían llegado una porción de carros cubiertos de espesa y tupida lona, y cuyo contenido era un misterio para todos los que se interesaban en averiguarlo.

Salieron á recibirlos el paje del Duque y su acompañante, el cual ordenó que aquéllos se acomodasen en lugar conveniente é inmediato al en que se había de construir una cerca de madera y lona dentro de la que se realizarían unos trabajos, que dieron principio apenas fué aquélla terminada.

Atónitos y admirados de cuanto sucedía no cesaban los vecinos del lugar de preguntarse los unos á los otros; y así, veíanse acometidos de incesantes preguntas, no dándose trazas para contestarlas el Cura, el Barbero y hasta el mismo Sacristán.

En medio de aquella continua zozobra que agitaba á los corazones,

no dejó de haber quien, formando parte de un pequeño corro de vecinos manifestara que para tranquilizar los ánimos debiera acudirse al gran talento de Sancho Panza, el cual no hacía largo tiempo se había mostrado tan sabio y discreto en su pasado gobierno.

Dirigióse, pues, á la casa de éste el grupo que mostraba tanta impaciencia por ver satisfecha su curiosidad. Hallaron á Sancho Panza rodeado de toda su familia, de algunos vecinos, de maese Nicolás y del Sacristán. Ocupaba aquél el ancho sillón de cuero que ya saben nuestros lectores que le sirvió durante su pasada convalecencia, mostrando en su porte y en su semblante la misma gravedad que cuando en su pasado gobierno tuvo ocasión por repetidas veces de mostrar su discreción resolviendo cuantas dudas se le presentaban y cuantas cuestiones se le ofrecían.

Su mujer Teresa hallábase á su lado como para ofrecerle su cooperación en cualquier caso dudoso. Su hija Sanchica mostrábase muy regocijada por aquella aglomeración de gente que acudía cerca de su padre en demanda de su parecer, prometiéndose meter su cuarto á espadas si llegara el caso. El Barbero tomó la actitud adecuada como para terciar en las discusiones cuando á su juicio lo creyera oportuno. Tan sólo el Sacristán se prometió guardar el más profundo silencio, limitándose á significar su afirmación ó desaprobación para adherirse, como se lo prometía á sí mismo, al parecer del mayor número.

Tal era el aspecto que presentaba la casa de Sancho cuando acertó á llegar á ella el grupo de vecinos ansiosos por conocer de lo que se trataba, exclamando uno de ellos:

—Señor (y no vos extrañe esta forma de que me valgo al dirigiros

la palabra): siendo de todos bien conocido el gran talento que demostrasteis cuando fuisteis gobernador en la tierra de Aragón, acudimos hoy en demanda de vuestro parecer á fin de que éste logre tranquilizar los ánimos de nuestros vecinos, alarmados ante los hechos que se suceden, por los cuales tememos la imposición de crecidas gabelas que nos será imposible atender. Designado para que vos dirija la palabra á nombre de todos, espero oír vuestro parecer para hacerlo público y conseguir la tranquilidad de los ánimos.

—Mucho me honra, amigos—dijoles Sancho Panza,—el recuerdo que habéis hecho de mí en el día de hoy y ante los sucesos que se preparan en nuestra aldea; pero debo deciros que no hay motivo alguno que justifique esa actitud que habéis tomado.

—Precisamente esas vuestras pa-

labras nos mueven más y más—dijo otro de los que formaban el grupo— á la inquietud en que nos hallamos; y si hasta ahora hemos gozado en esta aldea de la bendita paz, hija del cielo, tememos que á ésta se sucedan los males de la guerra.

—No vos deben inquietar esos sucesos—dijo Sancho,—porque aun cuando los desconozco, me basta saber que son debidos á la voluntad de los señores Duques, cuyas riquezas, poder y magnificencia no es posible humanamente ensalzar; y, en fin—añadió poniéndose en pie,—yo, Sancho Panza, escudero que fué de nuestro convecino Don Quijote, y gobernador un día de la Insula Barataria, prometo solemnemente á todos vosotros que de los hechos que habrán de sucederse tendréis que dar al cielo infinitas gracias.

—Poco á poco, marido mío; ya habéis visto (y con cuánta pena lo

refiero), cuán presto pasan las horas felices en medio de nuestras desdichas humanas; un solo día, como habéis dicho, por no decir un instante, os visteis sentado en un trono y rodeado de vasallos, y muy luego sepultado en vida á vuestro regreso del gobierno, que lograsteis más bien por la bondad de los Duques que por vuestra capacidad para desempeñarlo.

—¡Cómo! ¿Qué estáis diciendo, Teresa?—replicóle Sancho.— De que haya sido breve el tiempo que durara ese gobierno nada os digo; pero en cuanto á mi comportamiento en su desempeño sólo debo recordaros que salieron á la luz pública, según después supe, «Las constituciones del Gran Sancho Panza»; y esto, por lo menos, es una satisfacción de que no todos los gobernadores pueden vanagloriarse.

—Sí, marido mío, pero.....

—Nada, mujer; y si abrigáis la

más ligera duda acerca de mi comportamiento, no tan sólo en mi pasado gobierno, sino durante el tiempo de mis servicios prestados á mi señor Don Quijote, debo recordaros que en cierta ocasión, y á nuestro regreso de Barcelona, presenciábamos la cuestión entablada entre un hombre gordo y otro flaco acerca de cuál de ellos corría más, y estando mi amo querido en unión mía escuchando la disputa, acudieron los contendientes á mi señor Don Quijote para que manifestase su opinión en la forma en que la tal apuesta pudiera efectuarse; el estado de espíritu en que se hallaba mi querido señor por el hecho de su vencimiento en la playa de Barcelona, le impedía, según así lo manifestó, dar su opinión en aquella contienda, autorizándome para que yo la decidiera; y ya sabéis todos cuál fué la forma y manera de que me valí para resolverla, llegando á mis

oídos la siguiente frase nacida de entre aquella concurrencia: «Si tal es de discreto el mozo, ¿cuál debe de ser el amo?»

Estas últimas palabras fueron expresadas por Sancho con tan profunda convicción, después de haber ocupado su asiento de nuevo, tomando una actitud tan majestuosa que hizo serenar la frente á los que formaban aquel grupo, el cual salió de la casa confiado y seguro de que el que fué gobernador les devolvía la tranquilidad que anhelaban.

Habiendo quedado Sancho, Teresa, Sanchica, el Barbero y el Sacristán, exclamó aquél apoyando la frente sobre su mano derecha y creyéndose estar solo:

—¡Que han de pesar sobre mí todas las desdichas ajenas como su único remediador! ¿Qué me queréis, atribulados por las congojas, menesterosos de consuelo y sedientos de la bendita paz, en las tribulaciones

de la vida? Apartaos de mí, desdichas, que con harto dolor lloraré el resto de vida. Pasaron para no volver jamás días que por siempre vivirán en mi memoria. Confiemos en el poder de los cielos en que llegará un momento en el cual nuestras almas, amo y señor querido, se estrecharán de nuevo para no separarse jamás.

Observando el más profundo silencio los que rodeaban á Sancho, escucharon á éste, y apenas terminó su exclamación, díjole Teresa:

—Sí, marido mío; pero «viva la gallinita y viva con su pepita». A vos os cumple llorar tamaña pena; pero acordaos que tenéis hijos, de que vos necesitan, y no es cosa de arrojar la soga tras el caldero, y si las penas mándalas el cielo, hay que mostrar conformidad, exclamando, como tengo oído decir: «*paciencia y barajar.*»

—Tenéis mucha razón, amiga Te-

resa—dijo el Barbero;—las penas son el patrimonio más seguro y positivo que dejan los padres á sus hijos, y esta herencia es la que se transmite sin que en nada se menoscabe.

Levantóse el Barbero del asiento que ocupaba, y seguido del Sacristán, se despidieron, dejando sola á la familia de Sancho, para dedicarse cada cual á sus continuas faenas y menesteres.

CAPÍTULO IV

DE LA SABROSA PLÁTICA QUE MANTUVIERON
EL CABALLERO DE LA BLANCA LUNA Y SU
ESCUDERO PEDRO ALONSO.

A PENAS la blanca aurora había cedido su puesto á los esplendorosos rayos del nuevo sol, que con sólo mostrarlos por los balcones del Oriente alegraba toda la naturaleza, cuando Pedro Alonso acercóse á su amo, diciéndole:

—Señor, señor; cumple á mi deber manifestaros que los moradores de este suntuoso palacio donde hemos pasado la noche, en la que no he podido cerrar los ojos encantado ante sus maravillas, hanme expresado antes de marcharse para co-

menzar sus labores, que besaban á vuesa merced las manos, y dejaban á vuestra disposición todas las magnificencias que este dicho palacio encierra y contiene.

—Socarrón estáis en demasía— exclamó el Bachiller subiendo sobre su caballo, y emprendió la marcha seguido de su escudero;—pero el haber cumplido con sus deberes á nombre de esa hospitalaria gente os exime de la grave pena que merecéis por haber interrumpido el hilo de mis pensamientos.

—Señor, haré por cumplir puntualmente vuestras órdenes—repuso Pedro Alonso.

Pasadas algunas horas, díjole éste al Bachiller:

—Señor, tiempo es ya de yantar alguna cosa, porque recuerdo el adagio que en varias ocasiones le escuché á Sancho Panza, de que «tripas llevan pies, y no pies á tripas», el cual se une y estrecha ínti-

mamente á este otro: «barriga llena, corazón contento».

— Bien se conoce, Pedro—dijole el Bachiller,—que no vivís muy alejado del bueno de Sancho.

Apeáronse amo y escudero á orillas de un manso arroyo que ofrecía su tributo á un riachuelo que aumentaba la corriente de otro más poderoso, el cual iba más tarde á confundirse con el anchuroso río que muy luego se mezclaba con las amargas y turbulentas aguas del Atlántico.

Sacó el Alonso de sus alforjas el resto que guardó de lo que á su amo le presentara en el pasado día, y viendo cuánto había enflaquecido la bota y mermado el repuesto que en la aldea hizo, dijo con voz doliente y con semblante triste:

— Con cuánta pena y dolor ofrezco á vuesa merced la miseria de mis alforjas; y como no alcanzo á ver dónde y cómo pueda reponer

lo consumido, me temo que muy en breve tendremos que recurrir, si Dios no lo remedia, á hacer uso de las mustias yerbas y secas hojas que el otoño nos ofrece, arrancándolas de los árboles.

—No os apuréis, Pedro, que Dios mirará por nosotros; cuanto más, que no creo que pueda dilatarse por muchos días nuestra situación.

—Sea así—expresó Pedro Alonso.

—Dios—dijole el Bachiller—vela siempre por todas las criaturas, y su bondad infinita la reparte entre ellas de tan ostensible manera y forma, que dudar de sus atributos es dudar de su existencia.

Acabaron muy en breve de tomar tan reducido alimento, y mientras aquél cuidadosamente guardaba los miserables restos, exclamó el Bachiller cruzándose de brazos:

Creó naturaleza
Cual tipo de belleza,
Como la nieve deslumbrante y pura,
Tu espléndida hermosura.
Puso en tus ojos bellos
Del rojo sol los vívidos destellos;
En tu frente y mejillas ruborosas
Azucenas y rosas;
En tus labios, las mieles
Y el preciado carmín de los claveles.
Formó después tu mórbida garganta
Cuya esbeltez encanta;
Suspendió su labor, y, muda, inquieta,
Por breve espacio la admiró incompleta.
Queriendo, envanecida,
Darle perpetuidad, eterna vida,
Halló medio seguro
De mantener la fama en su provecho;
Y así, de mármol duro,
Hízole el pedestal, labró tu pecho.

—Señor—exclamó Pedro Alonso apenas terminó su amo de recitar este madrigal que en la pasada noche compuso á la tenue luz de las estrellas;—no acierto á comprender, porque lo que no pasa por mis sentidos no llega á mi conocimiento, que haya hombres que se quejen y

lamenten de desvío y de ingratitud en sus amadas al contemplar una estatua de mármol.

—No extraño—repuso el Bachiller—que ignoréis lo que para otros es tan claro y patente como la luz del día;—y emprendió la marcha seguido de su escudero.—Con los ojos del alma vemos, dándole vida real, todo aquello que en el mundo material carece de existencia.

—No os comprendo, señor.

—Sin embargo—continuó el Bachiller,—son una gloria en la vida de la humanidad los sabios conocimientos que el hombre ha llegado á adquirir destruyendo la poderosa llave con que la naturaleza guardaba tantas verdades ignoradas de las anteriores generaciones.

—Con todo, señor, muchas cosas se han escrito de tal manera, y corren entre las gentes como un punto de fe, y como se leen en otros libros otras que maravillan y suspenden,

creo que deben tenerse como grandes verdades, puesto que llevan el sello de la autoridad eclesiástica que permite que se lean.

—Hay mucho que hablar sobre ese punto— dijole el Bachiller,— pero conviene tener presente que los grandes genios han sabido transformar, por medio de sus creaciones, las corrientes de la sociedad; pero que estas corrientes existieron en sus tiempos no debemos negarlo; así que, transportándonos á tiempos pasados, no podrá dudarse que tuvieron existencia, entre otros, Alcina, la hermana de la hada Morgana, y de la Armida tan nombrada en cierto poema (1). Esa Armida fué la que, cuando se cansaba de sus amantes, los trasformaba en árboles, rocas y fuentes; y quiero recordar que el valiente Roger fué también víctima de sus artificios, y

(1) *Orlando Furioso*.—Ariosto.

olvidó, en brazos de la encantadora, á su amada Bradamanta; pero no tardó en dejar esta vergonzosa ociosidad y volver á los combates.

— Señor — dijo Pedro Alonso interrumpiendo al Bachiller, — me resisto á creer esas cosas que en las historias se refieren, porque me barrunto que las más de éstas son cuentos para niños, forjados por gente desocupada que, á mi ver, más provecho ofrecerían arando los campos, ó ya ocupados en el pastoreo, que inventando y urdiendo historietas que suelen perjudicar tanto á la salud del cuerpo como al sosiego del alma.

— A pesar de lo que habéis dicho, amigo Pedro, hay que creer ciertas cosas como verdad demostrada; y si esto acontece cuando nos limitamos á entender de hechos aislados, ¡con cuánta más razón no hemos de rendirnos á una relación no interrumpida de hechos y sucesos ba-

sados en la costumbre y mantenidos con ardiente fe por los que resplandecieron mostrando ya sus grandes virtudes! ¡Pedro! ¡Oh sublime Pedro!—exclamó el Bachiller alzando los brazos.

—Gracias, señor—dijo Pedro Alonso con humildad,—no creo merecer ese dictado con que me honráis.

—No sois, Pedro—dijo el Bachiller,—ese Pedro de que se ha hablado en los pasados tiempos.

—Ya, sí—exclamó Pedro Alonso;—vuesa merced deberá referirse á alguno de esos Pedros tan conocidos de todo el mundo, como lo fueron Pedro Urdemales, Perico el de los Palotes, Pedro el de los Boteros, Periquillo Malas y otros varios.

—No, Pedro de todos los diablos—exclamó el Bachiller,—me refiero, sí, á Pedro el Ermitaño, á quien sin duda alguna debe hoy la cristiandad todo el poder de que goza;

pero ¡cuánto es de lamentar en esta edad presente que no haya habido poderosos reyes, príncipes ni grandes señores que hayan escuchado la voz sublime del que en la historia de la humanidad vivirá con inmarcesible gloria en la memoria de los hombres, el jamás como se debe alabado Don Quijote de la Mancha!

En estas y otras razones pasaron amo y escudero las horas de aquel día. Ya declinando la tarde, y cuando las sombras de la noche dejaron ver las primeras estrellas, temerosos de perder la senda que llevaban, ordenó nuestro Bachiller á Pedro Alonso que eligiese el sitio más conveniente donde pasarla, toda vez que no distinguían ninguna choza donde poderse albergar.

Acomodáronse, pues, debajo de unos árboles; y cuando Pedro Alonso cuidaba de las caballerías, ofreciéndoles algunas ramas y hojas secas, deciales: «Tomad, pobres bes-

tezuelas, lo único que puedo ofrecer; pero no olvidéis que «á mu-
»cha hambre no hay pan duro». Y aunque me veo amenazado de comer estas hierbas, en verdad de verdad comiera yo más aina un cuartal de pan y dos cabezas de sardina arenque que cuantas yerbas producen los manchegos campos.»

Mientras el escudero hablábales á las bestias de esta suerte, nuestro Bachiller pensaba en sus soñados amores, como también en la imaginada venganza de los Duques, y fuése á reclinar al pie de un corpulento arbusto, en donde se prometió descabezar el sueño y esperar la llegada del nuevo día.

CAPÍTULO V

DE LA LLEGADA Á UNA VENTA DEL CABALLERO
DE LA BLANCA LUNA.

H tú, casta Diana, á cuyos
tenues rayos rindese el hom-
bre, envuelta su mente en tris-
tezas y melancolías, para reponer
sus fuerzas! ¡Oh Menis de los tiem-
pos idólatras; Urania allá, Celestia
allí; adorada por unos bajo el sím-
bolo del buey Apis ó el de Isis, por
otros con el de Astarté y de Milita;
nombrada por no pocos Alilat y
Selene, y en todos los pasados
tiempos apellidada Diana! ¡Oh tú,
astro de la noche, que has logrado
siempre inspirar en la mente del
hombre la eterna y sublime poesía!

Á ti me acojo para que ilumines este mi pobre entendimiento y pueda discurrir por sus puntos en la narración de los venideros sucesos.

Digo, pues, que á la mañana siguiente, y puestos ya en camino nuestro Bachiller y su escudero Pedro Alonso, sintiendo la necesidad, no tan sólo de tomar algún alimento, sino también de abastecer sus alforjas y enflaquecida bota, dirigiéronse, por indicaciones del Alonso, hacia una venta no distante del sitio en que se hallaban.

Apenas habia transcurrido una media hora, divisáronla, cuya vista fué saludada con señaladas muestras de regocijo por el Escudero, á las cuales parecían unirse las de los animales.

No tardaron en llegar á la puerta de la dicha venta, y descendiendo de sus cabalgaduras, salió á su encuentro el ventero, que mostraba ser como de sesenta años, bajo de

cuerpo, rechoncho y de apacible semblante, si bien denunciaban sus amaratadas mejillas que cuidaba con extremo no se torcieran los vinos de su bodega, á fin de mantener siempre en su punto el crédito de su casa. Ordenó éste al muchacho, mozo de la venta, que acomodase las bestias en la cuadra, si bien á Pedro Alonso le pareció conveniente hacerlo por sí mismo, por aquello de que el ojo del amo engorda al caballo.

Mientras el Escudero cuidaba de aquéllas, el dueño de la venta condujo á nuestro Bachiller, admirado de su catadura y extraña vestimenta, al mejor aposento que en ella había, y díjole:

—En esta misma sala, señor caballero, se hospedó no há muchos días el señor Don Quijote de la Mancha, según me expresó mi mujer, al cual no conocí ni traté por haberme hallado ausente de este lugar; habiénd-

dole interesado, no sé por qué motivo, prestase una declaración ante el Alcalde otro caballero que aquí presente se hallaba, llamado don Garfio, Garfe ó Tarfe. Ello fué que se prestó la declaración ante el Alcalde y el Escribano, que casualmente aquí se hallaban, sobre si el tal caballero había visto ó tratado antes de aquel momento al que se tenía como único y verdadero Don Quijote.

—Bien, bien—exclamó el Bachiller, dando visibles muestras de impaciencia: —preparar el almuerzo; que es lo que ahora importa, el cual me lo servirá mi Escudero.

Hízole el ventero una profunda reverencia y salió del aposento á fin de cumplir la orden recibida.

Durante el breve tiempo que invirtiera Pedro Alonso en cuidar á las bestias, no dejó nuestro Bachiller de pasar una minuciosa revista á los guadameciles que cubrían las

paredes, los cuales llamaron la atención á Don Quijote de la Mancha cuando ocupó este mismo aposento á su regreso de Barcelona.

Llegó en esto el Alonso dispuesto á servirle el almuerzo que el ventero le hubo de preparar á su señor, lo que efectuó en medio del mayor silencio.

Alzados los manteles significóle Sansón Carrasco á su Escudero que lo dejase solo á fin de descansar un breve espacio de tiempo.

Fuése Pedro Alonso en busca de su almuerzo.

Antes de rendirse totalmente al sueño nuestro Bachiller, y bullendo en su fantasía el recuerdo de la sobrina de Don Quijote, á causa de las indicaciones que el Cura le hiciera, y á un mismo tiempo la idea de la venganza que suponía habría de tomar el Duque, se expresó en la siguiente forma:

— Si yo, por malos de mis pecados

ó por mi buena suerte, señora mía, me encuentro por ahí con el señor Duque y lo derribo de un encuentro, ó le partó por mitad del cuerpo, ó, finalmente, le venzo y le rindo, no será bien enviárselo á vuesa merced presentado, y que éntre y se hinque de rodillas ante vuesa fermosura, y diga con voz humilde y rendida: «yo, señora, soy el malaventurado Duque á quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado Caballero de la Blanca Luna?» Y en estó cayó rendido por el más profundo sueño.

Quando saboreaba Pedro Alonso aquellos manjares calientes, después de los varios días que se vió privado de ellos, advirtió la llegada de algunos viajeros á la puerta del mesón, lo que obligó al ventero á salir precipitadamente á su encuentro.

Movido por la curiosidad, siguió Pedro Alonso á aquél, viendo la

llegada de tres caballeros, seguidos de sus correspondientes pajes, los cuales pidieron al ventero los mejores aposentos que tuviera.

Al ver Pedro Alonso á aquellos caballeros y pajes allí reunidos, pasó al cuarto de su amo, que tranquilamente reposaba, y dejado llevar de su extraordinario celo hacia éste, creyó oportuno darle cuenta de la llegada de los viajeros por cuanto pudiera interesarle; viniéndole á la memoria en aquellos momentos la historieta que el Bachiller le había referido á la salida de la aldea referente á la imaginada aventura de haber amparado y protegido á cierta dama á su regreso de Barcelona.

Despertó el Bachiller á la llegada de su Escudero, y al observar el sigilo con que éste se le acercaba, echó mano á su espada, exclamando:

— «Tente ladrón, malandrín, follón, que aquí te tengo, y no te ha

de valer tu cimitarra.» Confiesa, confiesa que yo no fui el matador de Don Quijote; — y comenzó á darle golpes con la espada como llovidos; Pedro Alonso, abrazando á su señor y amo, logró impedir que lo hiciera pedazos á golpes y cuchilladas, diciéndole:

— ¡Por Dios, señor, que vuesa merced debe de estar enajenado! No soy ningún ladrón, malandrín ni follón que venga contra vos ni á aprovecharme de vuestra hacienda. Ni digo yo que matarais á Don Quijote, que murió de calenturas malignas. Mirad bien que soy vuestro desventurado escudero Pedro Alonso, dispuesto siempre á dar hasta la última gota de su sangre en defensa de vuesa merced. Venid en vuestro acuerdo, que tengo que comunicaros tan alta noticia, que quizás tengáis que hacer valer tanto la fuerza de vuestro brazo como la intrepidez de vuestro corazón.

Ya en esto había vuelto nuestro Bachiller á su acuerdo, y envainando la espada díjole á Pedro Alonso.

—No es hora ésta, amigo Pedro, de deciros lo que he visto y presenciado poco antes de vuestra llegada; pero día ha de venir en que pueda contaros punto por punto lo que pluguiese á Dios no llegue á ser una realidad. Olvidemos lo acaecido y decidme la causa que aquí os trae.

—Acaban de llegar á este mesón —dijo Pedro Alonso—tres caballeros acompañados de muchos pajes, y pidiéndole alojamiento al dueño de la venta, fueron por éste acomodados. Habiendo oído poco después que venían en busca del lugar donde debía residir un caballero cuyo nombre no llegué á entender, presté la mayor atención, y como quiera que tengo siempre presente lo que ya me habéis referido de aquellos caballeros aragoneses que preten-

den os unáis en matrimonio con cierta dama, he presumido que vienen contra vuesa merced, creyendo de mi deber daros cuenta de lo que no sin fundamento he sospechado.

Quedó pensativo nuestro Bachiller por algunos instantes, y, pasados éstos, dijole á su Escudero:

Gracias os doy, Pedro, por el celo y cuidado que prestáis en mi servicio; mas debo deciros que los temores que abrigáis no son tan fundados como para prevenir mi ánimo. Creo, más bien, que debo no debilitar mis fuerzas con vagos temores á que dieran causa vanos indicios. Apartad de vuestro ánimo la sospecha en que habéis caído, y veamos más bien de que mis temores no lleguen á ser una realidad, si bien me sobran bríos para hacer frente y contrarrestar todo ataque inesperado. Cuidad con extremo de no pronunciar mi nombre ni el de nuestro lugar siempre que habléis con los

pajes de los recién llegados; pero estad prevenido á fin de comunicarme cuanto logréis saber y pueda ser de mi interés.

— Haré, señor — repuso Pedro Alonso, — por que vuestra merced quede satisfecho de mis cuidados, pues me prometo emplear la prudencia de la serpiente, la vigilancia del gallo y la astucia de la zorra; y si mis propósitos no se realizaran, exclamaré como tengo oído decir:

Vinieron los sarracenos
Y nos molieron á palos;
Que Dios protege á los malos
Cuando son más que los buenos.

— No, Pedro, Dios no protege la maldad; consiente, sí, ciertos hechos para castigo de los malos, que son los que se visten falsamente con apariencia de bondad.

Salió Pedro Alonso, dejando al Bachiller profundamente pensativo por lo que comunicado le había;

mas, envuelto en varios y diversos pensamientos, vino á desvanecerlos el recuerdo de la que hacía ya algunos días hubo de considerar como la reina de su alma, merced á la indicación que el Cura le hizo referente á la sobrina de Don Quijote; y en medio de estos desvanecimientos rindióse nuevamente al sueño.

CAPÍTULO VI

DE LA CONVERSACIÓN HABIDA ENTRE LOS
TRES CABALLEROS GRANADINOS RECIÉN
LLEGADOS Á LA VENTA.

APENAS descendieron de sus
cabalgaduras los recién lle-
gados, y conducidas éstas por
los pajes á la cuadra, exclamó uno
de los caballeros:

—Al fin, Sr. D. Alvaro, hemos
llegado á la venta tan deseada por
vuesa merced; y estimo, no sin fun-
damento, que hemos de lograr en
la revista que estamos haciendo de
villas y lugares perder lastimosamente
el tiempo. Así, ruego á vuesa
merced se considere vencido en
nuestra querella y á mí se me tenga

y declare por el Sr. D. Luis como triunfador en la misma.

—No hay que alardear de triunfos que están muy lejos de ser una realidad—replicó el caballero que fué designado con el nombre de don Alvaro;—precisamente aquí fué donde conocí y traté, aunque por muy breve tiempo, al que os vengo denominando mi verdadero Don Quijote, tan contrario de todo punto al que hemos visto y tratado antes y después de nuestra permanencia en Zaragoza. Verdad es que á otro que no á mí pudieran acometer la vacilación y la duda, porque ni en el Toboso ni en otros lugares por nosotros recorridos se nos han suministrado pruebas ni antecedentes relacionados con la existencia de mi Don Quijote, tenido por vosotros como fantástico; pero no dudo de que ha de llegar el momento, quizá no muy lejano, de que veáis por vista de ojos lo que hasta el día

han tenido vuestas mercedes por delirios de una mente extraviada.

— *Operibus credit, non verbis,*— exclamó D. Carlos.

—Ellas, unas y otras, me harán verdadero—repuso D. Alvaro.

—No dudo, amigo mío—expuso D. Carlos,—de la buena fe con que nos habéis dado cuenta en Granada de todo cuanto os pasó en esta misma venta á nuestro regreso de Zaragoza, donde juntamente nos hallamos; pero ya habéis escuchado las poderosas razones en que fundo mi opinión contraria á cuanto nos habéis referido, y bien creo que estamos muy distantes de avenirnos, siendo tan opuestos nuestros pareceres. Espero que el Sr. D. Luis, que nos acompaña con el carácter de juzgador en nuestra disputa, sabrá dictar su fallo conforme á las pruebas que se le presenten.

—Haré, amigos míos—expresó D. Luis, el otro de los caballeros,—

por que los términos de justicia resplandezcan en el fallo, que deberé dictar atendidas las pruebas que se me presenten; y como depositario de los 2.000 escudos en que consiste la apuesta pendiente entre tan ilustres amigos míos, haré entrega de ellos al que triunfe en esta contienda.

—Conforme—expresó D. Alvaro;—pero veamos de prepararnos en nuestros respectivos aposentos para disponernos al almuerzo que muy en breve nos será servido.

Fuése cada uno de ellos al cuarto que debían ocupar, saliendo al poco rato para dirigirse á otra sala donde les sería servido el almuerzo.

Ocupados sus respectivos asientos, trataron de cosas indiferentes hasta la terminación de aquél, y levantados los manteles, dijo D. Alvaro:

—Soy de parecer, salvo opinión más acertada, que procuremos an-

tes de salir de este lugar avistarnos con el Alcalde y el Escribano ante quienes se formularon las diligencias solicitadas por mi verdadero Don Quijote, y en las que aparecerá mi declaración prestada referente á no haber visto ni tratado antes de aquel momento al expresado Don Quijote; y como conviene á mi derecho semejante certificación, deseo obtener una copia autorizada.

—Como se pide—exclamó don Luis,—pues debo facilitar á cada una de las partes contendientes los medios oportunos para el esclarecimiento de los hechos.

Avisados el Alcalde y Escribano que autorizaron las diligencias y declaración prestada por D. Alvaro, de que la historia hace mención, se obtuvo el certificado que D. Alvaro Tarfe pretendía.

Al ver D. Carlos la formalidad empleada por todas las personas que en aquel acto intervinieron, y

retirados del mesón el Alcalde y el Escribano, exclamó después de lanzar una estrepitosa carcajada:

—¡Válame Dios cuán fácilmente se rinde el hombre al engaño y á la malicia, desoyendo la voz de la verdad! ¿Dónde y en qué tiempos se ha podido estimar justificada la petición de un desconocido para proveer en términos de justicia? *Ubi nam gentium sumus?* Rindámonos, amigos míos, ante los hechos indubitados, que son los que conducen á la verdad; pero dar un valor inmerecido á hechos no comprobados, es estar sometidos bajo el imperio de los desvarios. Creo firmemente en el hecho de la declaración prestada; pero ¿qué autoridad, qué tribunal, qué juzgador que tenga conciencia de los altos deberes llamados á cumplir, puede atenerse á las exigencias de un desconocido para proveer conforme á su petición? ¿A qué conducía la intervención de

una autoridad ante la cual prestó nuestro amigo D. Alvaro su declaración? ¿Fué de necesidad esencial la presencia de un Alcalde y su Escribano para convencerse nuestro amigo de que no había visto ni tratado á aquel desconocido que se intitulaba Don Quijote? Hablemos claro: ó la atmósfera de esta región de nuestra España es la más propensa al extravío, ó fué la malicia la que doblgó el ánimo de nuestro amigo D. Alvaro, desoyendo por su causa la voz de la razón.

—No me creo, amigos míos—dijo D. Alvaro,—bajo la presión á que el ánimo se rinde á influjos de los encantos y sortilegios, y si en otra ocasión fui franco y sincero hablando con mi Don Quijote cuando le dije «que no había visto lo que vi ni pasado por mí lo pasado», hoy me inclino á repetir esas palabras; si bien esto que acabo de decirnos no es la rendición de la plaza ante las po-

derosas fuerzas que la cercan. Propongo, pues, un medio que someto al parecer del Sr. D. Luis, y no dudo que será aceptado por el señor don Carlos, y es el siguiente: no lejos de aquí, según quiero recordar, debe hallarse el Argamesilla en cuyo lugar nos vimos reunidos cierto día cuando marchamos en unión de otros caballeros para tomar parte en las justas de Zaragoza. Vamos, pues, á ese lugar, y veamos si nuestras indagaciones en él nos pueden conducir al seguro puerto de la verdad. Y esto digo porque bien creo que todo lo que en ese lugar vimos y entendimos fué una alucinación de nuestra mente.

—Pero ¿os atrevéis á poner en duda — replicó D. Carlos — todo aquello que por nosotros fué visto y presenciado?

—Lo dudo, Sr. D. Carlos, como vos dudáis de mis palabras—expresó D. Alvaro.—El cansancio produ-

cido por nuestro viaje, que emprendimos desde Granada en dirección á Zaragoza; las ilusiones que nuestra mente forjara henchida de triunfos futuros y de preseas logradas para rendirlas más tarde á los pies de nuestras damas, y el hallarnos por la vez primera recorriendo provincias extrañas y lejos de nuestra Andalucía, todas estas causas vinieron á perturbar nuestra imaginación, llenando nuestras almas las esperanzas del triunfo, lo que hizo, sin duda, debilitar nuestra mente, estimando como realidad lo que sólo puede ser una perturbación de nuestros sentidos.

—Aceptado el viaje propuesto por el Sr. D. Alvaro á el Argamesilla—exclamó D. Carlos,—y como quiera que ese lugar no dista mucho de aquí, saldremos pasadas las horas de la siesta.

Habiendo mostrado su conformidad el D. Luis, quedó convenida la

marcha, prometiéndose cada una de las partes contendientes hallar las mejores pruebas para el logro de su triunfo.

CAPÍTULO VII

DE LO QUE HABLARON VARIOS PAJES CON
PEDRO ALONSO, Y DE LA EMBAJADA Á
LOS CABALLEROS GRANADINOS POR EL DE
LA BLANCA LUNA.

MIENTRAS se mantenía por don Alvaro y sus amigos la conversación que relata el anterior capítulo, logró Pedro Alonso entremeterse con algunos de los pajes de los caballeros recién llegados, con el fin de averiguar quiénes eran sus señores y cuál el motivo de su viaje, promesa que le había hecho á su amo el Bachiller.

Usando de toda precaución, acercóse á dos de ellos que departían separados de sus compañeros, y re-

vistiéndose de la autoridad que imprimen los años, dirigióse á ellos, diciéndoles:

—¿Adónde bueno caminan vuestras mercedes, señores pajes, si no habéis recibido de vuestros señores la orden de guardar el secreto?

—Nuestros amos—dijo uno de ellos—no han hecho misterio de su viaje, y así debo deciros, si mal no lo entiendo, que andamos buscando á Marica en Rávena, á Antúnez en Portugal ó al Estudiante en Salamanca; porque me doy á entender que la andante caballería ha sentado sus reales en esta región de la Mancha.

—Y, por ventura—díjole Pedro Alonso,—¿tenéis alguna razón que acredite vuestro juicio?

—Sí la tengo—contestó el paje,—porque há varios años que sirvo á mi señor D. Alvaro, y desde hace poco tiempo lo veo muy aficionado á los caballeros andantes; de quie-

nes si bien se ha burlado antes de ahora, quiera Dios que no se entusiasme tanto que le veamos metido en aventuras que le lleven mal de su grado á la casa del Nuncio.

—Según eso—exclamó Pedro Alonso,—estimáis falto de juicio al que arduosamente abraza el ejercicio de las armas á la manera de tantos y tan señalados caballeros como en los pasados tiempos brillaron por tan noble ejercicio, deshaciendo tuertos, enderezando agravios, amparando doncellas menesterosas, y todo lo demás que á los tales caballeros les incumbe, según tengo leído en muchas historias que deleitan y entusiasman.

—Por lo que decís—repuso el otro de los pajes,—sois aficionado á esas historias de caballeros andantes.

—¡Y cómo si lo soy!—dijo Pedro Alonso socarronamente, tratando de engañar á los pajes que con la

mayor atención le escuchaban.—Y tanto lo soy, puesto que no me son desconocidas las historias de Tirante el Blanco, Amadís de Grecia, el Caballero del Febo y las de otros muchos que deleitan y suspenden por los maravillosos hechos que en ellas se relatan.

—En Dios y en hora buena—exclamó el paje á quien Pedro Alonso se dirigía.—Cada cual puede hacer de su capa un sayo y creer y entender lo que más sea de su gusto; pero estimo que más bien debiera prohibirse la lectura de tales historias que difundirlas entre las gentes, porque tengo entendido que han llegado á promover un mundano deleite hasta distraer la atención de algunas personas que debieran más bien fijarla en cosas santas y provechosas para el espíritu, que en las mundanales que suelen debilitar su ardiente fe religiosa.

—Hay mucho que hablar sobre

ese punto—dijo Pedro Alonso.—Y como habéis dicho que no creéis en ellas, yo me inclino al contrario parecer de vuestras mercedes; pero suspendamos nuestra conversación, que más adelante la seguiremos, porque parece que os llaman vuestros compañeros.

Separados los pajes de Pedro Alonso, dirigióse éste al aposento del Bachiller para darle cuenta de su conversación con ellos, creyendo que nada debería temer de los caballeros recién llegados.

Entró en el cuarto de su amo y señor, con el cual habló durante un buen espacio de tiempo.

Mientras departían amo y escudero, hablaban de sobremesa don Alvaro y sus amigos, y después de las varias observaciones que mediaron entre ellos acerca del asunto que los movió á salir de Granada, exclamó D. Alvaro:

—No hay que alardear de triun-

fos sin tener fundamentos para ello, amigo D. Carlos, porque os halláis á muy larga distancia de conseguir vuestro objeto, y espero que, en esta contienda con tanto ardor por nosotros sostenida, llegaré yo á conseguir la palma de la victoria para ofrecérsela muy luego á la señora de mis pensamientos, la cual, según tengo repetidas veces expresado, necesitaría de un muy grande Callepino para declarar «que sus años son diez y seis y su hermosura tanta que á dicho de todos los que la miran, aun con ojos menos apasionados que los míos, afirman della no haber visto, no solamente en Granada, pero ni en toda la Andalucía, más hermosa criatura; porque fuera de las virtudes del ánimo, es, sin duda, blanca como el Sol, las mejillas de rosas recién cortadas, los dientes de marfil, los labios de coral, el cuello de alabastro, las manos de leche, y, finalmente, tiene todas

las gracias perfectísimas de que puede juzgar la vista» (1).

—No creo—repuso D. Carlos—hallarme tan distante, ó más bien dicho, tan fuera de lo cierto como acabáis de expresar, porque espero que en la tarde de este día, que señalaré en mi casa con piedra de almagra, para que todos lo distinguan como rótulo de cátedra, os he de ver rendido ante la realidad de los hechos.

—Breve es el plazo—repuso don Luis—señalado por vosotros mismos para llegar á pisar los umbrales del templo de la verdad, y aunque no soy apasionado en esto de intercalar refranes y proverbios en mis observaciones, repetiré lo que es del dominio del vulgo: «Dios quiera que orégano sea, etc.»

De esta guisa continuaron expre-

(1) Capítulo 1, *Don Quijote de la Mancha*, de Avellaneda.

sándose D. Alvaro y sus amigos, hasta el punto en que fué interrumpida la conversación por la llegada de Pedro Alonso, el cual, descubriéndose é inclinando la cabeza, dijo á los caballeros:

—Si vuestras mercedes no lo llevan á mal, después de besarles respetuosamente las manos, se servirán de conceder la venia que mi amo y señor, el caballero de la Blanca Luna, respetuosamente solicita, para saludarlos atentamente, ofrecerles sus servicios y respetos, y en breve despedirse para continuar el camino que ha emprendido por decreto de los altos cielos.

No pudieron menos de admirarse D. Alvaro y sus amigos á causa de la embajada á ellos dirigida. Miráronse los unos á los otros; pero reponiéndose D. Alvaro de la sorpresa causada por las palabras de aquel desconocido que se intitulaba escudero de un caballero andante, y

sospechando que podría ser aquella embajada una farsa dispuesta por sus amigos para holgarse con ella, díjole, mostrando una sonrisa por la sospecha que en aquel instante le asaltaba:

— Por cierto, señor Escudero, que habéis dado fiel cumplimiento al encargo que vuestro señor y amo os confiara, acomodado á todas las reglas de la cortesía, y así, dejaríamos de ser quienes somos si no correspondiéramos con las leyes de la caballeridad, aceptando muy gustosamente la anunciada visita, con que nos prometemos tener ocasión de ofrecer nuestros servicios y respetos á quien tan cortésmente á nosotros se dirige.

Bajando de nuevo la cabeza, salió Pedro Alonso, dejando estupefactos á nuestros tres caballeros.

Por algunos instantes guardaron el más profundo silencio, sin cesar de mirarse atentamente los unos á

los otros, por hallarse todos ellos bajo la presión de una sospecha que concibieron instantáneamente. Así, creyó D. Alvaro que se trataba de una broma de D. Carlos; éste á su vez sospechó fuese su autor don Alvaro; D. Luis imaginó que era D. Alvaro el que tal broma pensara, por haber sido el que contestó á la embajada del de la Blanca Luna en los términos ya referidos; y unos por otros, aunque todos engañados por sus sospechas, revolvían su pensamiento sin darse punto de reposo.

Rompiendo el silencio que entre ellos reinaba, exclamó D. Luis:

—Vamos á cuento, caballeros y amigos: bien sabéis con cuánto gusto me he ofrecido á vuesas mercedes para mediar con el carácter que ostento en vuestra contienda. Mi edad y mis circunstancias, unidas á á la seriedad que siempre hemos mostrado, obligan á que cada uno

de nosotros ocupe el sitio que de naturaleza se le debe, y así no estimo de oportunidad el caso en que nos hallamos, porque lo acaecido en este momento otras circunstancias requieren y otros puntos piden.

—Cumple á mi derecho—exclamó D. Carlos, revestido de la mayor seriedad—expresar que me uno y estrecho íntimamente á lo manifestado con tanta razón y justicia por el Sr. D. Luis.

—Amigos míos—exclamó D. Alvaro,—duéleme en el alma cuanto habéis manifestado, y por ello sólo tengo que expresar el profundo sentimiento de que rebosa mi corazón al creer, como justamente creo y afirmo, que alguno de vosotros bien pudiera ser el autor de esta comedia que se nos prepara, y cuya introducción ha sido tan hábilmente representada por ese desconocido que con el carácter de escudero se nos ha presentado. Declaro y juro haber

sospechado, desde la presentación de ese supuesto escudero del no menos ficticio caballero de la Blanca Luna, que se trata por mis respetables amigos de una broma andantesca; y como tal idea me asaltó desde los primeros momentos, fingí, como lo habéis visto (no sin empacho), el asociarme á ella, lo cual motivó la seriedad de que me revestí al contestar al Escudero del de la Blanca Luna; y esto que os acabo de decir será sustentado en todos los tonos donde los caballeros saben mantener la nobleza de sus acciones.

Iba á contestar D. Carlos como el más joven y fogoso de los tres amigos, cuando entreabiéndose la puerta del aposento presentóse en el umbral de la misma el caballero anunciado como el de la Blanca Luna, armado de todas armas, aunque levantada la visera de su vistoso y reluciente casco, y haciéndole entrega á Pedro Alonso de la lanza

y del escudo que llevaba en sus manos, se adelantó hacia los tres caballeros, en cuyos semblantes se significaba una mal reprimida cólera.

... que se trata de un asunto de gran importancia y que requiere de una cuidadosa atención por parte de las autoridades competentes. Se debe tener en cuenta que cualquier medida tomada debe ser acorde con los principios de equidad y justicia que rigen el sistema legal.

En consecuencia, se recomienda que se proceda a la revisión de los antecedentes del caso y que se consulte a los expertos en la materia para emitir un dictamen fundamentado. Asimismo, se debe mantener informado a las partes interesadas sobre el avance de los procedimientos.

Finalmente, se reitera la importancia de actuar con prontitud y eficacia para resolver el conflicto de manera satisfactoria. Se espera que las acciones emprendidas conduzcan a una pronta solución que satisfaga a todas las partes involucradas.

Atentamente,
[Firma]

[Nombre y Apellido]
[Cargo]

CAPÍTULO VIII

DEL DIÁLOGO MANTENIDO POR LOS TRES CABALLEROS GRANADINOS CON EL DE LA BLANCA LUNA.

LA llegada de nuestro Bachiller tranquilizó algún tanto los agitados pechos de aquellos amigos.

—Acabo de recibir—dijo el recién llegado—por conducto de mi Escudero la muy grata nueva del honroso recibimiento prometido; y como cumple á los deberes que mi profesión impone, me he creído en la necesidad de saludar á mis compañeros de hospedaje, para ofrecerles mis servicios, recibiendo alta

honra del acogimiento que de mí haréis.

La impresión que á los tres caballeros les causó la llegada y frases dichas por el de la Blanca Luna, vinieron á trocar súbitamente el concepto que respecto de él habían formado. Creyendo D. Alvaro que á él le correspondía el contestar las muy atentas palabras que el Bachiller acababa de pronunciar, por creer, como era lo cierto, que á sus amigos les embargaba el ánimo la vacilación y la duda, se decidió á responder atentamente á lo que aquél acababa de expresar, y así, mostrando una agradable sonrisa, hablóle en los siguientes términos:

—Muchas y encarecidas gracias doy á vuesa merced, señor caballero, en nombre mío y en el de mis amigos, por vuestras sentidas frases llenas de ofrecimientos, que acogemos muy agradablemente, atendida la sinceridad con que se nos hacen,

y aceptándolos, nos prometemos corresponderlos cual pide la calidad de su persona, lo que bien se hecha de ver á tiro de ballesta.

A estas últimas palabras, expresadas por D. Alvaro con tanto agrado y dulzura, dirigiéronse una mirada de inteligencia sus otros dos amigos, á virtud de la duda que aún invadía sus ánimos.

— Los ofrecimientos que acabo de haceros — repuso el de la Blanca Luna, — como nacidos de lo más profundo de mi corazón, llevan el sello de la verdad, y espero que mis actos harán verdadero este mi sentir: *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

A medida que se expresaba el Bachiller iban tranquilizándose los ánimos de nuestros caballeros, los cuales habían ocupado sus asientos después de haberle invitado para que lo efectuara.

Estimando D. Carlos que era de

su deber, ante las leyes de la cortesía, dirigirse al nuevo caballero, dijole:

— Me felicito en el día de hoy y será siempre en la memoria mía el recuerdo de este momento; porque si bien yo venía estimando desde que tuve uso de razón que las historias de los caballeros andantes eran concepciones de los grandes talentos que en épocas pasadas las publicaron y difundieron para entretenimiento de los que las acogían, hoy me inclino á creer que algunas, si no muchas, deben de haber sido relatos verdaderos.

—No hay que dudar—exclamó el Bachiller — ni por un solo instante de la verdad que en todas esas historias resplandece; y si en otros tiempos abrigué semejante duda, hoy puedo declarar ante la faz del mundo que he visto y tratado al que en las futuras edades será tenido como el modelo (que en vano trato

de imitar) de los más perfectos caballeros. Triste es la edad en que vivimos, porque no resplandece en ella ni uno sólo de aquellos seres que alcanzaron la más alta gloria que llevan al hombre al templo de la inmortalidad. ¡Cuán difícil es en el día hallar un Tirante el Blanco, un Don Girongilio de Tracia, un Laucalco, Señor de la Puente de Plata, un Micocolemo, gran Duque de Quirocia, un jamás temeroso Brandabarbarán de Boliche, un Timonel de Carcajona, ó un Espartafilardo del Bosque! Pero el alto cielo, que bien supo disponer suavemente las cosas, quiso que en la edad presente brillaran en un sólo hombre las extraordinarias virtudes que en todos aquellos separadamente se ostentaron.

Bien entendieron los tres amigos que el que los visitaba no tenía sano el juicio, y así se convinieron por instinto en no hacerle una contra

demasiado acentuada, sino más bien averiguarse en parte con él, y como lo expresaba el sentido que envolvía la observación que D. Carlos acababa de hacerle.

Creendo D. Luis que á él le correspondía terciar en la conversación promovida, díjole al Bachiller:

—Yo he creído y sustentado siempre que esas maravillosas historias de caballeros andantes han tenido su oportunidad en los pasados tiempos, tiempos cuyas huellas ha venido borrando el nuevo sentir de los hombres. Las costumbres guerreras que se mantenían en nuestro país á virtud de la Reconquista; la ardiente fe religiosa sentida por la clase principal de nuestra sociedad, y el respeto convertido casi en adoración hacia la mujer, fueron las causas que originaron el aparecimiento de la orden de caballería, institución que, como toda cosa humana, tuvo

su principio, su desenvolvimiento y alcanzó su fin.

— ¡Cepos quedos, señor mío! — exclamó el Bachiller, interrumpiendo á D. Luis; — aún hay sol en las bardas, y Dios que me oye sabe lo que me digo. No son los tiempos presentes los más adecuados para que se propague el acogimiento de las grandes instituciones; pero basta que un solo hombre se sienta lleno de la más ardiente fe por resucitar la noble institución de la andante caballería, para no considerarla extinguida por el delirio de nuestro tiempo. Un solo hombre basta para mantener la idea, y tal y tan poderoso puede ser, que logre, como la chispa, inflamar montañas de pólvora.

— El símil — repuso D. Luis — de que vuesa merced se vale, hiere más á los sentidos que á la fría razón. Una idea grandiosa, llevada á la práctica, puede tropezar con muchos inconvenientes.

—Mucho podría argüirse—expresó D. Alvaro—en contra del parecer del Sr. D. Luis; pero habré de limitarme á decir que el hombre actual se desenvuelve y vive bajo el amparo de que carecieron anteriores generaciones.

—Me asocio de todo corazón—exclamó D. Carlos—al parecer del Sr. D. Alvaro, si bien disiento en algunos extremos. Sólo en un justo medio consiste la virtud, porque toda exageración produce fatales consecuencias. Pero dejando en suspenso este punto en que nos venimos ocupando, siquiera sea por el deber en que nos hallamos de atender y obsequiar al Caballero de la Blanca Luna, propongo que se le ofrezcan algunas pastas y fruslerías de las que hicimos un razonable acopio á nuestra salida de Granada, las cuales bien quisiéramos verlas sustituidas por perdices de Morón, el faisán de vistoso plumaje, la tru-

cha de la Irlanda y el salmón de la Noguera, que estimulan á saborear el Treviano, el Monte Frascón, el Asperino, el Candía y el Soma, juntamente con los de Madrigal, Coca, Alaejos, Esquivias y Ciudad Real.

No bien comenzaron á saborear nuestros caballeros las pastas, exclamó nuestro Bachiller en la siguiente forma; pero esto debe tomarse por asunto de otro capítulo.

CAPÍTULO IX

EN EL QUE SE CONTINÚA LA CONVERSACIÓN
MANTENIDA POR EL DE LA BLANCA LUNA
CON LOS TRES CABALLEROS.



AL mediar el refrigerio que los tres caballeros ofrecían á á nuestro Bachiller, exclamó éste:

—Hállome, señores caballeros, bajo la impresión más agradable de mi vida. Las atenciones de que estoy siendo objeto, dispensadas por personas cuya principalidad es bien notoria; la muy discreta conversación aquí mantenida, y, por último, este suntuoso banquete, lejos, muy lejos de las populosas ciudades, me transportan henchido de inefable gozo á uno de aquellos palacios de

que nos cuentan las historias, para merecer, por el solo concepto de llamarme caballero andante, las infinitas atenciones que siempre se dispensaron á los de mi clase en las moradas de príncipes y poderosos reyes.

— No quiero ni debo — expresó don Luis — unirme estrechamente á todas vuestras palabras, porque si bien es un hecho la sinceridad de nuestros ofrecimientos, no pueden ni deben elevarse éstos á la categoría de reales muestras de afectos, porque éstas son patrimonio exclusivo de los príncipes. Podrán las de éstos estimarse por la importancia de los que las ofrecen, pero las que hemos rendido á vuesa merced llevan el sello de la mayor admiración y del respeto que merecen aquellos seres que se consagran por sólo su voluntad al noble ejercicio de las armas para sacar triunfantes en toda ocasión la virtud y la justicia.

—Soy del parecer de nuestro amigo D. Luis—dijo D. Álvaro;— y no dude el señor Caballero de la Blanca Luna que hallará en mí y en todo tiempo un amigo leal y sincero que coadyuvará con sus escasas fuerzas al mejor logro de sus empresas.

—Bien quisiera—exclamó D. Carlos—que en esta ocasión, altamente honrosa para nosotros, se hallara presente el invicto caballero Don Quijote de la Mancha, cuyas proezas, bien conocidas de mis amigos, le han hecho merecedor de la inmarcesible gloria que muy pocos, ó quizás ninguno de los pasados caballeros logró alcanzar por su intrepidez en el acometer, su perseverancia en el resistir, y, en los casos de adversidad, por su resignación paciente, no hallando medios para contrarrestar el poder de los encantadores que constantemente le perseguía. Grande fué para mis amigos y para mí la satisfacción que expe-

rimentamos al conocer y tratar á tan inclito caballero; pero el extraordinario ímpetu que empleaba en sus empresas le obligó á que lo recluyesen en Toledo en la muy respetable casa del Nuncio.

—¡Falso de toda falsedad!—gritó el Bachiller poniéndose en pie.—Acojo con verdadero entusiasmo las frases aquí emitidas en elogio de tan renombrado caballero, pero rechazo con toda la fuerza de mi convicción el hecho de hallarse recluído en parte alguna. Mal puede asegurarse que se halle en semejante sitio—dijo volviendo á ocupar su asiento,—cuando el más grande hombre de estos tiempos dejó de existir no há muchos días..... ¡Y Dios perdone á su matador!

—¡Cómo! ¿Qué decís? ¿Que ha muerto Don Quijote de la Mancha?—exclamó D. Álvaro altamente sorprendido.

—Seguro estoy de ello—expresó

el Bachiller, significando profundo pesar; — y al dejar esta miserable vida, halló su alma el consuelo, elevándose á la mansión de los justos, de que rodeasen su cadáver parientes y amigos en cuya memoria vivirá eternamente su recuerdo. Murió, vuélvolo á decir, rindiendo este tributo á la naturaleza; porque, aun habiendo sido el más grande hombre de nuestros tiempos, no pudo eximirse de ello; que como dijo el poeta latino: *Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas regun- que turres.*

Al pronunciar el de la Blanca Luna estas últimas palabras, dirigiéronse una mirada de inteligencia D. Carlos y D. Luis, por haberles asaltado de nuevo la idea de estar siendo objeto de una broma; y más aún pensaban de esta suerte al observar la sorpresa de D. Alvaro por la fatal nueva que el Bachiller hubo de comunicarles.

—Pero—exclamó D. Alvaro, dudando de lo que acababa de expresar el de la Blanca Luna, —¿no pudiera ser ese triste acaecimiento una ilusión de vuestra mente?

—¡Ojalá fuese un sueño de mi fantasía! — exclamó el Bachiller. — Murió el solo, el único Don Quijote que ha ensanchado los límites, no ya de la Mancha, sino de todo el mundo. Él fué el solo, repito, el único Don Quijote, por sus virtudes y por su valor.

—Vuesa merced, señor caballero —añadió D. Alvaro,— afirma haber visto y tratado á un Don Quijote de la Mancha, que mis amigos aquí presentes no han conocido de modo alguno; por el contrario, estos señores sostienen, como verdad innegable, haberse comunicado con otro del mismo nombre, cuyos atrevimientos le han conducido á la casa del Nuncio en Toledo; el Don Quijote de vuesa merced, según vuesa-

tra declaración, ha dejado de existir; el de mis amigos vive todavía; el de vuesa merced fué digno de la mayor admiración, al paso que el de mis amigos no pasa de merecer el calificativo de un verdadero demente; el uno deberá figurar en la historia de la humanidad como el hombre más glorioso de nuestros tiempos, á diferencia del otro que sólo merecerá el desdén de los hombres por sus acciones extravagantes; aquél vivirá la eterna vida de la gloria, éste logrará el eterno olvido; y estos términos en que me expreso son debidos á mi profunda convicción de que el uno es falso y el otro verdadero.

—Muy bien dicho, señor D. Alvaro,—repuso el de la Blanca Luna. Los grandes hombres siempre han tenido émulos y envidiosos, si no es que á éstos les ha movido el deseo de adornarse con plumas ajenas para lograr lo que no merecen. No

basta el apropiarse nombre glorioso para ser acreedor á la eterna fama; y como ésta pregonaba ya por todos los ámbitos de la tierra los esclarecidos hechos del héroe de la Mancha, habrá habido sin duda quien con inaudito atrevimiento quiera reemplazarlo en su tercera salida, creyendo que sus acciones como fingido Don Quijote de la Mancha pueden ser hijas del que ha sido solo y único en los anales manchegos.

—No convencen las palabras— exclamó D. Carlos — si los hechos no las comprueban. — Nuestros pareceres, amigo D. Alvaro, no pueden en modo alguno avenirse. En la contienda entablada entre nosotros, las pruebas más evidentes habrán de presentársele al señor D. Luis para que dicte su fallo en términos de justicia. Las palabras del señor Caballero de la Blanca Luna y las vuestras mismas podrían

inclinan la balanza de la justicia en vuestro favor; pero á juicio de todo juez deberán acumularse mayores pruebas para decidir la contienda. Creo llevar en mi favor sucesos comprobados; y estimando de mi deber alegar en este momento las razones en que me fundo, quisiera hacer un breve relato de los hechos más culminantes, que servirán de base para resolver esta cuestión.

—Vuesa merced, señor D. Carlos —exclamó D. Alvaro,—alegará en este momento los hechos que á su juicio deberán servir de base para la resolución de nuestra contienda; pero quédame el derecho de estimarlos como una ilusión de vuestra mente. Concretando la cuestión entre nosotros mantenida, puede reducirse á los siguientes términos: ¿Fue una verdad ó una ilusión de nuestra mente lo que nos acaeció en Argamesilla después de nuestra salida de Granada, y más tarde en

Zaragoza y Madrid? ¿Fueron seres reales y efectivos, ó creaciones fantásticas que forjara nuestra mente, aquel Don Quijote, aquel su escudero Sancho, aquella reina Cenobia que resultó llamarse Bárbara y ser una mondonguera de Alcalá, aquel Bramidán de Tajayunque, rey de Chipre, y siéndolo vuestro secretario, y aquel Archipámpano, y aquella Archipampanesa, que lo eran un titular y su esposa? Hablemos claro, amigos míos: si la realidad de los hechos y de las cosas marcha estrechamente unida á las ilusiones de nuestra mente, ¿quién será bastante osado á determinar el límite que las separa? ¿Quién ha logrado ver triunfante la verdad sin percibir muy cerca de ella alguna sombra que oscurezca su reluciente brillo?

—Me permito, señores y amigos —exclamó el de la Blanca Luna,— deciros mi opinión por lo que valga, acerca del punto en que os ocupáis,

después de haber escuchado lo expuesto por el señor D. Alvaro. Si mal no he comprendido, trátase de diferenciar las ilusiones de la mente humana de los hechos reales y efectivos, y, dejando aparte las teorías, me limitaré á exponer lo siguiente: La mente del hombre se ha visto perturbada por causas extrañas á su propia naturaleza; así, pues, debo decir que el encanto de que muchos hombres se han visto poseídos ha sido de todo punto irrefutable, teniendo por base la magia y los sortilegios. Por medio del encanto pertúrbanse los sentidos y dejan de funcionar libremente; sirvan de demostración los siguientes ejemplos. La vista sufre los efectos de la magia al considerar que está ladeada una caña introducida en un caldero de agua, siendo ella perfectamente recta; lo mismo acontece con una media naranja que, flotando sobre el agua, la estimamos entera, cuan-

do en realidad no es más que media; por medio del oído creemos percibir la voz de un amigo, cuando esa misma voz ha sido emitida por una persona extraña para nosotros; y lo mismo podemos decir respecto de los otros tres sentidos. De suerte que, siendo la magia y los encantos los agentes promovedores de esta perturbación, puede asegurarse que algún enemigo mortal les hizo ver, oír y entender á vuestas mercedes lo que en términos generales es llamada una ilusión.

—Respeto el parecer del Caballero de la Blanca Luna—dijo don Carlos.—Pero ¿podrá dudarse de que fué un hecho real y positivo la llegada á la Argamesilla por D. Alvaro y por mí, acompañados de otros dos caballeros granadinos, cuando nos dirigíamos á Zaragoza para tomar parte en las justas que iban allí á celebrarse? ¿Fueron ó no hechos reales la conversación de

que más tarde nos dió cuenta el señor D. Alvaro, mantenida con el señor Don Quijote, su alojamiento en la casa de éste, el gusto que recibiera por el diálogo que hubo con Sancho Panza, el conocimiento que tuvo de los amores de Don Quijote con una tal Aldonza Nogales, y de la impresión que á D. Alvaro le causara semejante noticia cuando, á su juicio, no podían creerse sentidos tales amores por un hombre que pasaba de los cincuenta años? ¿Fué una verdad ó una ilusión el depósito, que más tarde se convirtió en una donación, que D. Alvaro hizo á Don Quijote de unas armas que creyó fuera de propósito llevar á Zaragoza? ¿Fué una verdad ó una ilusión nuestra el hecho de que nos ha dado cuenta nuestro amigo D. Alvaro, de haber conseguido la libertad de Don Quijote cuando en Zaragoza lo iban á sacar de la cárcel para azotarlo públicamente en razón de

sus atrevimientos? ¿Podrá negarse la parte activa que nuestro amigo tomó para que Don Quijote asistiera á la fiesta de la sortija, siendo yo uno de los jueces en ella, y lo que todos se holgaron con la parte que tomó Don Quijote en dicha fiesta? ¿Fué una ilusión nuestra la llegada á Madrid para concertar el matrimonio de mi hermana Lucrecia con un titular de la corte? ¿Y el hallarnos allí con Don Quijote, acompañando á la reina Cenobia, la ya indicada mondonguera de Alcalá? ¿Fueron ó no hechos reales y positivos, entre otros muchos, nuestra asistencia en la Casa de Campo de Madrid, donde iba á efectuarse el desafío pendiente entre Don Quijote y Bramidán de Tajayunque, rey de Chipre, como así lo fingimos, y cómo resultó en aquel acto haberse convertido este gigante, al parecer de Don Quijote, en la princesa Burlerina, que tan hábil y dis-

cretamente representó mi propio secretario? ¿Fueron hechos supuestos por D. Alvaro la reclusión de Bárbara en las Arrepentidas á costa del titular, el quedar Sancho Panza al servicio del mismo en unión de Teresa Cascajo, su mujer, llevada á la corte, y cómo D. Alvaro logró, por medio de un engaño, conducir á Don Quijote á la casa del Nuncio, donde fué recluso para su curación? Si tales hechos, que han pasado á nuestra vista; si todos los personajes reales y fingidos se asociaron para realizar las burlas de que Don Quijote fué objeto; si todo cuanto hemos visto y presenciado, tomando nosotros mismos una parte activa en los acontecimientos; si todos estos hechos, repito, ó algunos de ellos, en resolución, pudieran ser objeto de la menor duda, me rendiría ante los efectos que produce una ilusión señoreándose de la misma realidad.

CAPÍTULO X

CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO ANTERIOR

Los efectos de la magia — expuso el Caballero de la Blanca Luna — son tan ostensibles como los del encanto mismo; así que nada nuevo sería en los tiempos presentes lo que de antiguo se ha visto y tocado como una realidad. Muchas y repetidas veces se ha nombrado al señor Don Quijote por el señor Don Carlos en su breve y compendioso relato; hase expuesto por su merced una serie de hechos acaecidos á tan inclito caballero, los cuales, por su naturaleza y por sus consecuencias, no pueden merecer el concepto de verdaderos;

antes bien, yo protesto de la certeza de cuanto se ha referido. Tales hechos no merecen más crédito que los milagros de Mahoma. Si partimos de la falsa creencia de haber existido á un tiempo mismo dos Don Quijote de la Mancha, tendríamos que convenir en que el uno era falso y el otro verdadero; y como tengo suficientes pruebas de que mi convecino Alonso Quijano, á quien se le denominó *el Bueno*, dictado merecido por sus acciones, fué el único Don Quijote que produjo esta región de la Mancha, declaro ante la faz del mundo que ese otro Don Quijote, cuya historia nos ha relatado brevemente el Sr. D. Carlos, es un sér imaginario. Porque no es posible que haya habido quien con inaudito atrevimiento haya venido á suplantarle para merecer una admiración que sólo al verdadero se le rinde. No es, ciertamente, el señor D. Alvaro el que deba contes-

tar á las manifestaciones del señor D. Carlos; porque de la misma suerte que han sido relatadas las mal llamadas aventuras de ese fingido Don Quijote, incúmbeme señalar, aunque de pasada, algunas de las en que, corriendo los días, se ocupará la historia.

— Presto toda mi atención — expresó D. Alvaro, — como no dudo que así lo harán mis compañeros, á las palabras de vuesa merced; porque los términos en que os habéis expresado inducen á creer que habéis tenido la ocasión de ser testigo presencial de los acaecimientos.

— Comenzaré preguntando á vuestras mercedes — dijo el Bachiller. — ¿Con qué nombre y apellido lo designa la historia de que nos ha dado cuenta el Sr. D. Carlos? ¿Cuál es la familia del mismo? ¿Puede alguno de vuestras mercedes contestar á estas preguntas?

— Puedo hacerlo — expresó don

Carlos,—y de la verdad de mi contestación atestiguará el Sr. D. Alvaro.

—Me abstengo—exclamó éste—de aseverar hecho alguno de los que pueda dar cuenta el Sr. D. Carlos. He dicho y repito que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado; y estas palabras mías son las mismas que pronuncié ante la presencia de mi verdadero Don Quijote.

—El nombre—repuso D. Carlos—del Don Quijote que hemos conocido y tratado en el Argamesilla es el de Martín Quijada; y este caballero no tiene ya familia, por habersele muerto no há muchos días, según tengo entendido, su último pariente, una sobrina llamada Magdalena.

—Vean vuestras mercedes—expresó el de la Blanca Luna—cómo desde el comienzo de la historia que relata el Sr. D. Carlos se aparta en un todo de la verdad. El verdadero

Don Quijote llamábase Alonso Quijano; su familia la componían él y una sobrina, que aún vive, llamada Doña Antonia, al cuidado de una buena y cariñosa ama, y de un mozo de campo y plaza que tenían á su servicio. Los nobles sentimientos que llenaban su corazón le obligaron á abrazar con verdadero entusiasmo la carrera de las armas, á la manera de los antiguos paladines que las historias refieren.

Mientras se expresaba de esta suerte nuestro Bachiller, los demás caballeros prestaban la mayor atención á sus palabras, significándose en sus semblantes una curiosidad muy marcada por conocer los hechos de que iba á hablar el de la Blanca Luna.

¡Véase — dice el autor de la presente historia — cuán poderoso influjo ejerce entre los hombres la voz de la convicción cuando llega á dominar los ánimos!

El juicio que habían formado aquellos amigos acerca de nuestro Bachiller pareció desvanecerse ante la sinceridad y firmeza que mostraba éste en sus palabras.

—Seguro estoy—continuó diciendo el de la Blanca Luna—de que asaltaré á vuestra mente la sospecha de que mi relato se aparte de lo cierto; mas juro que es una verdad cuanto voy á referir. Ya lo tengo expresado en ocasión oportuna al Cura de mi lugar, el señor Pero Pérez.....

—Precisamente—interrumpióle D. Carlos—esos mismos nombres y apellidos lleva el Cura del Argamesilla, donde estuve con mis amigos.

—Bien puede ser—exclamó el de la Blanca Luna.—Podrán ser iguales sus nombres y apellidos, pero no lo serán ciertamente sus condiciones y sus cualidades; porque para que tal igualdad exista hay que presuponer que ambos fueran seres

reales y efectivos. Ya le tengo manifestado al Cura de mi lugar, repito, que el aparecimiento en estos tiempos de un hombre tan extraordinario como Don Quijote fué debido á un decreto de los altos cielos, y que movido á impulsos sobrenaturales, realizó aquél los justos designios de la Providencia. Así prestó su amparo al menesteroso muchacho Andrés, habló con los mercaderes toledanos y tomó parte en la batalla que libraron entre sí el Rey de los Garamantas y el emperador Alifanfarrón. Prosiguiendo su camino, le ocurrió la aventura del cuerpo muerto que llevaban á enterrar; le avino luego la muy célebre de los batanes, en la que Sancho, su escudero, mostró el mayor miedo que tuvo en toda su vida; y á poco, y sucesivamente, la del Yelmo de Mambrino; la de la libertad que dió á los Galeotes; el encuentro habido con Cardenio; los sucesos ocurridos

en Sierra Morena é intervención en ellos de la princesa Micomicona, y otros muchos más de que la historia hablará en su día, sin pasar en silencio los que al referido caballero y á Sancho les acontecieron en la tierra de Aragón, en la cual logró Sancho Panza el gobierno de una Insula, y los ocurridos en la ciudad de Barcelona, siendo el más memorable el que le acaeció en la playa de aquella ciudad incomparable, y cuyo triste recuerdo le ocasionó la muerte.

Al pronunciar estas últimas palabras, el Bachiller inclinó la cabeza hasta tocar su barba con el peto de la armadura, como significando haber sentido el peso enorme de un remordimiento.

Admirados quedaron nuestros tres caballeros al observar la actitud que tomó el de la Blanca Luna después de pronunciadas sus últimas palabras, sin osar interrumpir el silencio en que había quedado.

Aunque todos ellos participaban de la misma impresión que les había causado el relato del de la Blanca Luna (porque no podían creer que éste fuera una invención de momento), logró D. Luis sobreponerse más prontamente que sus otros dos amigos, y dirigiéndose á aquél, que ya había recobrado su anterior actitud, dijole:

— Infinitas gracias doy á vuesa merced por el interesante relato de esas famosas aventuras hasta ahora de nosotros ignoradas, y que vuesa merced dice le acaecieron al que disputa por el verdadero Don Quijote. Mis amigos han conocido y tratado á un Don Quijote muy distinto de ese otro de que vuesa merced nos habla, teniendo ambos por escudero á un tal Sancho Panza, é imagino que se ha complicado la contienda entre ellos mantenida, de tal suerte, que se hace necesario practicar las convenientes indaga-

ciones para el esclarecimiento de la verdad. Soy de parecer que hoy mismo salgamos para el Argamesilla, en donde podrán acumularse pruebas probadas para decidir de esta cuestión.

Aceptado el parecer de D. Luis, acordaron los tres amigos salir luego para el lugar indicado.

Muchos y expresivos ofrecimientos mediaron entre nuestros caballeros y el de la Blanca Luna; rogáronle aquéllos que los acompañase en el viaje que proyectaban; pero, excusándose con que particulares razones le obligaban á emprender distinto camino, se despidió de los tres caballeros, ordenando á Pedro Alonso que aparejara las caballerías, y á poco salieron de la venta.

Cuando se hallaron solos los tres amigos aún bajo la impresión del relato que acababa de hacerles el de la Blanca Luna, creyeron oportuno, antes de emprender su mar-

cha, hacer comparecer al ventero para que éste les diera cuenta de quién pudiera ser aquel que, por lo visto y oído, lo había de los cascos, y cuál el motivo que le obligara á llamarse caballero andante. Comparcido aquél á la presencia de los tres amigos, y estrechado por las infinitas preguntas que le dirigieron, sólo pudo referirles lo que le ocurrió con el Bachiller á su llegada á la venta.

Al breve rato, D. Alvaro, D. Carlos y D. Luis, seguidos de sus pajes y criados, emprendieron el camino de la Argamesilla.

que ha de componer el venturo
para que en el dia de su
quienquiera que sea, por lo
tanto de la vida de los casados
y en el motivo que se da para
tanquam capitulo de esta Compa-
ñia de San Juan de los Rios de la
que sujeta y estructura de las
indias y de las que se han de
esta parte de la vida de los
en el dia de San Juan de los Rios

El presente es un D. N. de
los y D. N. de los Rios de la
y en el dia de San Juan de los Rios
de la Compañia de San Juan de los Rios

CAPÍTULO XI

DE LO QUE LES SUCEDIÓ Á LOS TRES CABALLEROS GRANADINOS Á SU LLEGADA Á LA ARGAMESILLA.

SEPARADOS marchaban D. Alvaro y sus amigos del Caballero de la Blanca Luna. Aquellos, ansiosos de ver realizadas sus esperanzas; éste, por alcanzar el término de su peregrinación; y como la historia nada relata de verdadero interés de cuanto le ocurrió al de la Blanca Luna, hasta su debido tiempo, creyó el autor de la presente dejarle proseguir su camino para relatar lo que les aconteció á D. Alvaro y á sus compañeros á la llegada del Argamesilla.

No bien hubieron de entrar por

la ancha calle prolongación del camino por donde aquéllos habían venido, cuando dirigiéndose D. Alvaro á una mujer que volvía de llenar su cántaro de agua de la fuente, preguntóle: — «¿Dónde de la posada?» — A lo que contestóle aquélla: — «A la iglesia.» — Llegados á ella, apeáronse de sus caballos, pidiéndole al huésped el mejor acomodo que en la misma hubiese y que les preparase la mejor comida que la venta pudiera ofrecer.

La llegada de los tres caballeros con el lucido acompañamiento de los pajes movió la curiosidad de algunos vecinos de la aldea por conocer quiénes fueran los recién llegados; y como quiera que el deseo de ver y de saber se muestra más acentuado en los lugares de corto vecindario que en las populosas ciudades, no pudo menos de rendirse á ella el mismo Cura, el cual acercóse á los recién llegados.

Era el Cura susodicho bajo de cuerpo, de apacible semblante, ojos vivos, aunque pequeños; ancho de cogote, más que medianamente obeso, vestido de su sotana y calado el bonete, el cual, dirigiéndose á los caballeros, díjoles:

—Bien venidos sean á este miserable lugar en donde, si son escasos los recursos que podemos ofrecerles, no dejarán sus mercedes de acoger los buenos deseos que de servirnos tenemos.

Altamente sorprendidos quedaron D. Alvaro y D. Carlos á la llegada de aquel eclesiástico, y creyendo el último de ellos que deberían de haber padecido una equivocación de lugares, preguntóle al Cura:

—¿Podrá vuesa merced decirnos si este lugar en que nos hallamos es realmente la Argamesilla, ó hay no lejos de aquí otro del mismo nombre?

—Sólo existe—contestóle el Cura—en toda la Mancha este lugar nombrado así; y puedo asegurar á vuesa merced que en ningún tiempo pasado se le ha dado otro nombre.

Miráronse de nuevo los dos amigos, si bien observó D. Carlos una sonrisa muy significativa en los labios de D. Alvaro.

Como quiera que D. Luis presenciaba esta conversación, hubo de participar de la sorpresa experimentada por D. Carlos, y, terciando en ella, creyó oportuno expresarles á sus amigos que deberían invitar á comer al Cura, á fin de obtener de su merced todos los antecedentes que pudieran lograrse acerca del asunto que les había movido á dirigirse á aquel lugar.

Hecha la invitación, aceptado el convite y ocupados los respectivos asientos, díjole D. Carlos:

—Altas y poderosas razones nos han movido á emprender un viaje á

este lugar, en donde hemos creído ver realizadas las esperanzas de hallar las suficientes pruebas para decidir una cuestión entre nosotros mantenida. No há largo tiempo que en unión de varios amigos pasé una tarde con su noche en este mismo lugar, y habiéndonos acomodado cada uno de nosotros en la casa de un vecino, cúpole en suerte al señor D. Alvaro Tarfe, aquí presente, haberse alojado en la casa de Martín Quijada, denominado Don Quijote de la Mancha. A la mañana siguiente emprendimos nuestra marcha para Zaragoza, adonde derechamente nos dirigimos, quedando satisfechos del acogimiento que aquí se nos hizo. Ruego, pues, á vuesa merced se sirva de manifestarnos qué ha sido del Cura Pero Pérez, del referido Martín Quijada y de Sancho Panza, su criado; del Barbero Maese Nicolás, de un tal Miguel Aguineldo, sacristán de esta

iglesia, y de un tabernero llamado Juan Pérez.

A medida que D. Carlos iba relatando los nombres de las personas que designaba, sorprendíase más y más el reverendo Cura, y sonriéndose díjole á aquél:

—El relato que vuesa merced acaba de hacer, señor caballero, más bien parece un cuento de hadas que una realidad. Há más de veinte años que sirvo esta iglesia, y como no he visto ni conocido á ninguno de cuantos me habéis nombrado, sospecho que fuisteis objeto de una broma, ó que estáis viviendo en esos mundos que forjan las ilusiones.

Miráronse fijamente los tres amigos, sintiéndose poseído D. Carlos de un terror involuntario, D. Alvaro sonreía, no sin experimentar un natural sobrecogimiento, y D. Luis significaba con sus miradas dirigidas al Cura y á sus amigos una va-

cilación que no cuidó de disimular.

Repentinamente asaltó á la mente de D. Luis la misma idea que concibió en la venta, de ser juguete de sus amigos, y sin guardar consideración alguna á la persona del Cura, exclamó:

—Por segunda vez, amigos míos, me veo en el caso de advertir á vuestras mercedes que he salido de Granada con el propósito deliberado de resolver la cuestión pendiente entre vuestras mercedes rindiéndome á sus ruegos. Por segunda vez toco, de una manera muy señalada, la decepción que sufro, y así les ofrezco no seguir adelante y sí separarme en un todo de este asunto para que vuestras mercedes tengan más libertad en continuar su propósito. Parto, pues, para Granada, y allí tendréis en mí un amigo para serviros en todo aquello que en nada se relacione con la andante caballería.

Las palabras que acababa de pro-

nunciar D. Luis impresionaron el ánimo de sus amigos; pero siendo D. Carlos al que más vivamente hirieron, por haber expresado ingenuamente su sentir ante aquel eclesiástico que á la mesa los acompañaba, exclamó poseído del mayor enojo:

—La presencia ante quien nos hallamos, cuyo estado pide y reclama los mayores miramientos; la verdadera amistad que siempre he sentido por nuestro amigo D. Luis, y el acuerdo seriamente concertado entre nosotros desde antes de nuestra salida de Granada, tienen y atan las manos de mi justo enojo. No soy yo uno de aquellos que se rinden ante los efectos de las primeras impresiones; y así, conteniendo la fogosidad hija de mis años, contestaré á lo expresado por el Sr. D. Luis, diciendo:

—Las preguntas que acabo de dirigir al señor Cura, aquí presente,

son hijas de la profunda convicción que abrigo de haber estado en un lugar de este mismo nombre no há muchos días y de haber conocido y tratado en él á un Don Quijote de la Mancha, si bien observo que este señor Cura no es el que vimos y tratamos en la ocasión referida; y como veo que se complica cada vez más este asunto en que nos hemos empeñado, siento debilitarse mis fuerzas ante los insuperables obstáculos que se oponen para llegar á un feliz término en nuestra cuestión. Así, pues, sin apelar á violentos medios, que sin fundamento alguno destruyan nuestro concierto, convingamos seria y formalmente en señalar el breve plazo de sólo un día para terminar esta contienda; breve término que someto á vuestro juicio, antes de rendirnos ante la imposibilidad de hallar una solución.

—No es patrimonio exclusivo de

los años, Sr. D. Carlos—exclamó D. Alvaro,—el tacto y la prudencia que deban emplearse en ciertos asuntos de la vida, y así me felicito de haber escuchado á vuesa merced en la forma en que lo ha hecho. Acepto el aplazamiento de sólo un día que habéis señalado para finalizar nuestro concierto; mas debo deciros que ese término no será bastante poderoso para destruir mis esperanzas, porque desligado de vuestas mercedes, y en completa libertad de proceder por mí mismo, practicaré por cuantos medios se me alcancen las gestiones que estime oportuno para lograr la palma de la victoria ó el más cruel de los desengaños.

Las manifestaciones que acabaron de hacer los dos amigos tan juiciosas y razonablemente expresadas, hirieron profundamente el ánimo de D. Luis, quien creyó oportuno acoger la proposición indicada,

volviendo á mostrar en su semblante la expresión de la más sentida amistad que pareció haberse debilitado por sus anteriores manifestaciones.

—Siento, señores míos—exclamó el Cura,—haber presenciado la cuestión promovida entre tan respetables caballeros. He escuchado, no sin pena, lo expuesto por cada uno de vuestras mercedes en este asunto, que, si mal no he comprendido, reduce á hallarse buscando á la ventura á un personaje que bien pudiera ser imaginario, porque vuestras palabras, unidas á los desengaños sufridos por vosotros mismos, inducen á creer que habéis sido objeto de una inocente burla relacionada con la andante caballería.

—Bien pudiera ser—expresó don Alvaro—todo cuanto habéis manifestado, señor Cura, y así, acogiendo vuestras palabras, me prometo influir en el ánimo de mis amigos

para dar por terminado este asunto.

Muy bien comprendieron D. Carlos y D. Luis que lo expresado por D. Alvaro era un medio de que se valía para no hacer intervenir á personas extrañas en la cuestión por ellos mantenida.

Trataron después de cosas indiferentes, y siendo llegada la hora de recogerse, fuese cada uno á su aposento, después de saludar y hacer muchos ofrecimientos al Cura.

CAPÍTULO XII

DEL ENCUENTRO HABIDO POR LOS TRES CABALLEROS CON UN MOZO QUE CONDUÍA Á UN LUGAR INMEDIATO DOS BESTIAS CARGADAS.

DE mañana, y antes de emprender su marcha los tres caballeros de aquel lugar, tan memorable para ellos, acercóseles el Cura para saludarlos y desearles un viaje feliz.

Tristes, pensativos y cabizbajos marchaban aquellos amigos, sin osar romper el silencio que guardaban, y pasada una media hora llegaron á un sitio en el cual se cruzaban dos caminos. En tal momento vieron que se les acercaba por la otra senda un mocetón como de

veinte años, el cual iba sobre un mulo, llevando de la mano el ronzal de otro cargado de mercancías, y cantando la siguiente copla:

Todo es mutable en el mundo,
Y vanidad sin cimiento,
Y no es cumplido contento
Tener en él mucha sobra.

—¡Bien, por Dios!—exclamó don Alvaro, observando que aquel muchacho cambiaba de camino acercándose á los caballeros.—¡Buena voz y buena presencia para sochantre! Pero decidme, ¿adónde lleváis tales mercancías, que no parece sino que vais á venderlas en alguna feria inmediata?

—No compro para vender, señor caballero—contestóle el mozalbate;—llévolas, si, á un lugar no lejos del sitio en que nos hallamos y por orden de su merced el señor Cura.

—Y ¿cómo es eso? —repuso don Alvaro.—¿Le es permitido á su

merced negociar y traficar en semejantes mercancías?

—No trafica el señor Cura—contestó el muchacho.— ¡Harto hace con llenar los deberes de su iglesia! Y júrole á vuesa merced, señor caballero, que lo hace á maravilla. Precisamente se desvive en el día por ordenar lo necesario para el recibimiento de los señores Duques, cuya llegada deberá efectuarse esta misma tarde.

—¿Y qué Duques son éstos?—replicó D. Alvaro.— ¿Es posible que residan títulos y grandes señores en una aldea?

—Los señores Duques que se esperan—repuso el muchacho— no viven en este lugar; vienen, sí, de la tierra de Aragón, donde residen, movidos por el deseo de costear y de asistir á las más solemnes y grandiosas honras que ha visto la Mancha, en memoria y honor del más grande de sus hijos, Alonso

Quijano *el Bueno*, conocido por Don Quijote de la Mancha.

—¡Cómo! ¿Cómo es eso?—exclamó D. Alvaro.

—¿Qué habéis dicho?—expresó D. Carlos, interesado por lo que el muchacho acababa de expresar.

—Dije la verdad—contestó éste,—y muy en breve tendrán vuestras mercedes las pruebas de cuanto les he dicho.

Don Luis quedó por un momento pensativo, y al fin se dijo á sí mismo: «Esta Mancha será memorable en los siglos futuros, y si este muchacho alargase su relación más de lo conveniente, tendríamos que decir: «hijo, que volváis presto de Tembleque.»

—Y ¿cómo te llamas, buen mozo?—le preguntó D. Carlos.—¿En qué te ocupas y cuáles son tus esperanzas?

—Mi nombre es, señor caballero, el de Tomás Balbastro, hijo del

herrero de un lugar; ayudo á mi padre en su oficio, y espero que la fortuna me favorezca para lograr ver más tierras de las que ya conozco.

—¿Cómo es eso? — preguntóle D. Carlos.—¿Has salido tú alguna vez de la aldea?

—Sí he salido—contestóle el muchacho,—porque he acompañado al Bachiller Sansón Carrasco en un viaje que hizo á Barcelona á fin de hallarse en un encuentro con el señor Don Quijote, en el cual encuentro quedó vencedor.

—¿Y habéis dicho —preguntó don Alvaro — que ha muerto ese caballero llamado Don Quijote?

—Sí, señor—repuso Tomasillo,— y Dios habrá recogido en su santo seno el alma de tan renombrado caballero.

Al observar D. Alvaro la seguridad que mostraba aquel mozo en sus palabras, se le avivó la pena por

la triste noticia que acababa de darles, y quedó envuelto en una profunda melancolía que llamó la atención de sus amigos.

De pronto cruzó por la mente de Don Luis la sospecha que por tercera vez invadía su ánimo; pero desvanecida ésta por la consideración que él mismo se hizo de ser de todo punto injustificada, díjole á Tomasillo:

—Voy creyendo que todo lo que has referido puede muy bien tener algún fundamento; pero como han pasado ante mi vista, en estos últimos días, cosas tan extraordinarias, no habré de rendirme á las palabras, que suelen ser engañosas.

—Vuesa merced, señor caballero—repuso Tomasillo,— se halla en el caso de aquél Apóstol del que varias veces nos ha hablado el señor Cura, el cual no quería creer lo que el mismo no viera por sus ojos ó tocara con sus manos.

—Paréceme—repuso D. Luis,— que has prestado mucha atención á las palabras del señor Cura.

—Es mucha verdad—dijole Tomásillo,— y así tengo muy presente todo cuanto nos ha dicho acerca de los mártires: de San Lorenzo, que fué asado; de San Bartolomé, que fué desollado; de Santa Catalina, que fué pasada por la rueda de las navajas, y de otros muchos santos.

De esta suerte continuaban su camino los tres caballeros. Don Alvaro, impresionado por haber tenido noticia por segunda vez del fallecimiento de Don Quijote; D. Carlos, dudoso y vacilante de cuanto les había manifestado aquel muchacho que los acompañaba, y D. Luis, considerando que aquella situación no podía dilatarse más allá de unas cuantas horas, atendido el concierto que los tres amigos habían celebrado.

Apenas divisaron el lugar adonde

el muchacho los conducía, experimentaron D. Alvaro y D. Carlos una extraña sensación de la que no supieron darse cuenta.

Llegaron á la puerta del único mesón que en la aldea había, y prometiéndoles volverlos á ver muy en breve para su mejor acomodo, despidióse Tomasillo de los caballeros.

CAPÍTULO XIII

QUE TRATA DE LA LLEGADA DE LOS DUQUES
Á LA ALDEA Y DE OTROS VARIOS SUCESOS
DIGNOS DE RECORDACIÓN.

APENAS atravesaron la ancha
puerta del mesón montados
en sus caballerías, observaron
los tres caballeros que eran objeto
de las miradas de dos eclesiásticos
allí alojados, y dirigiéndose á ellos
D. Carlos, díjoles, después de des-
cender de su cabalgadura:

—Dios guarde á vuestras mercedes,
y les ruego se sirvan manifestarme
si alguno de vosotros es el señor
Cura de este lugar.

Uno de los reverendos contestó-
le con el mayor agrado:

—Ninguno de nosotros, señor caballero, tiene la honra de ser curado esta aldea; hemos, sí, llegado á ella á virtud de la invitación de quien este curato sirve, llamado Pero Pérez, para asistir y tomar parte en unas solemnes honras por el alma de Alonso Quijano.

—Y ¿pudiera vuesa merced decirme—preguntóle D. Carlos— si ese Alonso Quijano era conocido por algún otro nombre?

—Ciertamente, señor caballero—contestóle el otro Cura;— más que por su verdadero nombre era designado por el de Don Quijote de la Mancha.

Al pronunciar este nombre aquel eclesiástico, acercáronse los otros dos caballeros, á fin de tomar parte en la conversación promovida por D. Carlos, y D. Luis les habló de esta suerte:

—Si vuestas mercedes no lo llevan á mal, ¿se servirán decirnos, por el

alto interés que en ello tenemos, si el nombre que se acaba de pronunciar aquí de Don Quijote de la Mancha pertenecía á un hombre de carne y hueso ó á un sér fantástico de los que, según parece, produce la Mancha?

— ¡Cómo! ¡Qué decís! — exclamó uno de los curas, que era D. Miguel. — ¿Qué razones podrá vuesa merced alegar para suponer que Alonso Quijano *el Bueno* fuese un sér fantástico? Pues qué, ¿podrían ser objeto de una burla carnavalesca los señores Duques, que de tan luegas tierras vienen á honrar esta aldea con su presencia, para asistir á las más solemnes honras que se han celebrado en toda la Mancha y en honor del más esclarecido de sus hijos? Apartad, señores míos, de vuestra mente toda idea de que tantas y tan ilustres personas como llegarán de un momento á otro vienen á mantener una burla, haciendo

intervenir en ella á los ministros de nuestra santa religión y obligándolos á que se unan á mundanales propósitos que son ajenos en un todo de la santa fe que profesamos.

—¡Según decís— exclamó D. Alvaro—habéis conocido á Don Quijote de la Mancha, cuyo nombre verdadero era el de Alonso Quijano!

—No lo he tratado ni conocido—dijo el Cura á quien se dirigió don Alvaro, — mas puedo asegurar á vuesa merced haber visto aquí el cadáver de un caballero así llamado rodeado de mi amigo y compañero Pero Pérez, cura de este lugar, de su sobrina D.^a Antonia, del que fué su escudero Sancho Panza, de un amigo suyo llamado el Bachiller Sansón Carrasco, de Maese Nicolás, barbero de esta aldea, y del ama á cuyo cargo estaba el cuidado de la casa.

La seguridad y firmeza que mos-

traba aquel eclesiástico en sus palabras, hirieron profundamente el ánimo de D. Carlos, y dirigiéndole una expresiva mirada á D. Alvaro, díjole:

— Conozco, amigo mío, que se debilitan mis fuerzas, y juro á vuesa merced que me siento muy próximo á rendirme en la contienda por nosotros mantenida.

—Participo—exclamó D. Luis—de igual creencia que D. Carlos; pero aún no se han acumulado todas las pruebas para dictar el fallo definitivo.

En medio de esta conversación vieron los tres amigos que se les acercaba el muchacho Tomasillo, batiendo las palmas y exclamando:

— ¡Venid, luego luego, señores caballeros; venid, que ya llegan sus excelencias los señores Duques! ¡Venid, ya bajan la altura próxima á la aldea!

A estas palabras pronunciadas

por Tomasillo salieron á la puerta del mesón los dos eclesiásticos y nuestros tres caballeros, á los cuales rodeaban los pajes y servidores; observando todos ser una verdad cuanto aquel muchacho acababa de decirle, y así quedaron esperando la llegada de la comitiva que por allí habría de pasar para dirigirse á la casa de D. García de Torres, en donde tenían su alojamiento los señores Duques y parte de su servidumbre.

No tardó en ofrecerse á la vista de los tres caballeros granadinos grande aglomeración de gentes en toda clase de cabalgadura, apareciendo luego dos carrozas tiradas por seis poderosas mulas, viéndose al lado de la primera de aquéllas, y próximos á las portezuelas, al señor Cura, Sancho Panza, maese Nicolás, el Médico del lugar y varios vecinos, entre los cuales se contaban Teresa Panza y Sanchica su hija,

las que mostraban en sus semblantes un gozo y una satisfacción de todo punto indescriptibles.

Muy cerca de este grupo iban los pajes y servidores de sus Excelencias, presididos por el personaje italiano y el paje que lo acompañaba en la aldea, montados unos en sus cabalgaduras y conduciendo otros numerosos carros que contenían el repuesto y abastecimiento de tan principales señores.

Ocupaban los Duques la primera de las dos carrozas, acompañados de un reverendo eclesiástico, y la segunda la servidumbre femenina de la señora Duquesa.

Al pasar la comitiva por delante de D. Alvaro y sus amigos, tocaron éstos la realidad que les hicieron columbrar las nuevas de que les habían dado cuenta los dos eclesiásticos que les acompañaban.

El cura Pero Pérez no dejó de ver el grupo formado á la puerta del

mesón. Saludó á los dos eclesiásticos, á quienes conocía, pero no daba en el hito de quiénes fuesen don Alvaro y sus amigos; y como los diputase por gente acomodada y muy principal, no se le cocía el pan hasta saber el cuándo de su llegada y el motivo de su viaje.

Cuando todos los vecinos de la aldea dejaron á sus Excelencias en la casa de D. García de Torres, fuéronse retirando á sus respectivas moradas, ponderando la grandeza de tan principales señores y haciéndose lenguas de su pompa y boato.

Habló el Cura con Sancho Panza y maese Nicolás acerca de los forasteros que había visto al pasar la comitiva á la puerta del mesón y en compañía de dos eclesiásticos amigos suyos, y les manifestó su deseo de saber quiénes eran y cuál fuese el motivo de su venida á la aldea.

La más grande curiosidad hinchó las medidas de Sancho y de maese

Nicolás, los cuales se ofrecieron al señor Cura para acompañarlo al mesón donde aquéllos estaban, y llegando á la puerta de éste halláronlos hablando con los dos reverendos curas.

Al reconocer Sancho á uno de los caballeros recién llegados, sin poderse contener, y quitándose su caperuza, exclamó:

—¡Ah, mi Sr. D. Tarfe! ¡Ah, mi Sr. D. Tarfe! ¿No reconoce vuesa merced á Sancho Panza, escudero que fué del Señor Don Quijote, mi amo y señor querido?

—Sí, Sancho amigo —exclamó D. Alvaro, obligándole á que se cubriera;— os reconozco; pero decidme, ¿dónde está vuestro amo? ¿Será cierta la noticia del fallecimiento de tan inclito caballero?

—¡Señor D. Tarfe!—exclamó de nuevo Sancho Panza, mostrando sus ojos preñados de lágrimas.— Murió mi amo y señor querido, y

éste su escudero recibió sus últimos alientos.

—Es mucha verdad—dijo el cura Pero Pérez—cuanto afirma el bueno de Sancho; y bien creo, señor caballero, que podrá servirle á vuesa merced como la prueba más concluyente de esa triste verdad, no ya mi palabra de eclesiástico, sino el grito general de dolor de todos los vecinos de esta aldea, grito á que se une el de las ilustres personas de los señores Duques que acaban de llegar.

—La humildad de mi persona—aguzó maese Nicolás,—no es causa bastante para que mi testimonio pudiera estimarse de poco valimiento. Uno mis palabras á las del señor Cura y á las de mi amigo Sancho, pudiendo declarar en todo tiempo la certeza de tan triste acontecimiento.

—Si de algo puede servir mi declaración—añadió el otro de los cu-

ras, llamado D. Felipe, manifiesto ante vuestas mercedes que he visto el cadáver de Alonso Quijano *el Bueno*.

Atentísimamente habían escuchado todas estas manifestaciones don Carlos y D. Luis, y rendido éste ante las aseveraciones de personas que no podían tacharse por interesadas en la cuestión mantenida entre sus dos amigos, exclamó:

—Declaro, señores (y ruego á vuestas mercedes se consideren testigos de este fallo que formulo en la contienda entablada entre el señor D. Alvaro y el Sr. D. Carlos); declaro que no ha podido existir más que un solo Don Quijote de la Mancha, como el verdadero, el real y el positivo, y éste es aquel de quien asegura el Sr. D. Alvaro que lo vió y trató, aunque muy breve tiempo, al regreso de un viaje y en una venta; estimando que el otro Don Quijote que conocieron ambos

amigos en la ciudad de Zaragoza, fué sólo una ilusión por algún tiempo sostenida, y de la cual dióse cuenta el Sr. D. Alvaro al tratar y conocer al verdadero; fortuna que no logró alcanzar el Sr. D. Carlos, manteniéndose por él hasta este momento la falsa creencia que abrigaba.

—Ríndome—exclamó D. Carlos—ante los hechos aseverados por tantas personas como han venido casualmente á hacer luz en esta contienda, y no sólo acato el fallo dictado, sino que repito las mismas palabras varias veces emitidas por mi amigo D. Alvaro: «no he visto lo que he visto, ni pasado por mí lo que ha pasado» (1).

Diéronse las manos los tres caballeros, y queriendo D. Alvaro celebrar su triunfo, hizo entrega al se-

(1) Capítulo LXXII. Parte segunda. *Don Quijote de la Mancha*.

ñor cura Pero Pérez de los dos mil ducados recibidos de manos de don Luis, rogándole los aceptase para remediar las más urgentes necesidades de los vecinos pobres de la aldea.

Alegráronse todos los circunstancias por aquel generoso desprendimiento de D. Alvaro, y aunque mostrábase en todas las personas allí reunidas la más viva satisfacción, no pudieron dilatar aquella entrevista (como hubiera sido su deseo) por la llegada de un paje con un pliego para el señor Cura, y en el cual le rogaban los Duques que se sirviera de invitar en su nombre á acompañarlos en la mesa á los tres caballeros granadinos, de cuya llegada á la aldea tenían noticia.

Aceptado el convite, fué comisionado el señor Cura para que en nombre de los tres amigos diese las gracias á sus Excelencias.

CAPÍTULO XIV

QUE TRATA DE LO QUE VERÁ EL QUE LEYERE

SENTADOS á la mesa los Duques, vestidos de riguroso luto, el Eclesiástico que los acompañaba, el cura Pero Pérez y los tres caballeros granadinos, se expresó el Duque en la siguiente forma:

—Me felicito, señores caballeros, en unión de mi señora la Duquesa, de hallarnos rodeados de personas que tuvieron la dicha de conocer y tratar á mi inolvidable amigo Don Quijote de la Mancha. Hoy es para mí un día de luto y de tristeza; pero unamos nuestros corazones para rendir tributo á su memoria.

—Me asocio íntimamente—exclamó D. Alvaro—á las muy sentidas frases de su excelencia el señor Duque, y no dudo que mis amigos acogerán estas mis palabras, á pesar de no haber tenido éstos la ocasión que el cielo me reservó de haber conocido y tratado al hijo esclarecido de esta afortunada región de nuestra España.

—Doy las más expresivas gracias—manifestó el cura Pero Pérez—en nombre de la señora D.^a Antonia, sobrina de Alonso Quijano *el Bueno*, por las muy sentidas frases que se acaban de pronunciar en este momento en honor y en memoria de tan ilustre hijo de esta aldea.

—Las palabras aquí pronunciadas por el Duque mi marido—añadió la Duquesa,—tanto son tuyas como mías, porque nacidas de su corazón no pueden menos de significar mi honda pena, ya que en él viven y se

enlazan íntimamente y por igual mis penas y mis alegrías.

—Yo, caballeros—exclamó el reverendo que habían traído los señores Duques,—debo significar en este instante un pequeño remordimiento que por varios días atormentó mi conciencia, poco después de haber conocido en ocasión memorable para mí al caballero aquí nombrado como Don Quijote. Reconozco que sólo los altos juicios de Dios llevan el sello de la verdad, y que el hombre fácilmente se engaña en aquellos que forma. Así, pues, sirva esta mi declaración como ejemplo que ofrezco al hombre mismo de cuán fácilmente se extravía la mente humana apartándose de la verdad. Acatemos con el debido respeto los altos decretos de la Providencia llamando á sí el alma de aquel que, al ser juzgado por los hombres logró, tal vez inmerecidamente, un falso é injustificado concepto.

—Como la debilidad humana— exclamó el Duque—es de todo punto notoria, confieso y declaro ante vuestras mercedes que un día, que si fué para mí de contento será en adelante y mientras me dure la vida de remordimiento y de pena, me dejé arrastrar por mundanales propósitos, muy lejos de todo sentir cristiano, asociando á ellos, ¡oh desgraciado de mí!, á mi señora la Duquesa y á multitud de servidores á quienes agobia también el peso de un remordimiento. Confieso mi culpa, y así vengo hoy á postrarme de hinojos ante la tumba del que fué objeto de unas burlas impropias y contrarias á nuestra santa religión.

—Soy—dijo la Duquesa bajando los ojos—del sentir de mi señor el Duque, y digo también, por ser éste el tiempo oportuno: *mea culpa, mea culpa.*

Admirados estaban D. Carlos y D. Luis escuchando las palabras de

todas aquellas personas, y estimando éste que debía tomar parte en la conversación mantenida, dijo dirigiéndose al Duque:

—Cada momento que pasa, señor Duque, me confirma más y más en la justa creencia que abrigo de haber sido objeto mi buen amigo el Sr. D. Carlos de una alucinación inexplicable para mí, cuanto real y efectiva para él. Vuestras excelencias, como igualmente los reverendos eclesiásticos aquí reunidos, apenas se han dado cuenta de nuestra llegada á esta aldea, y cumple á mi propósito decirles cuál ha sido el motivo que aquí nos trae.

Don Luis refirió en buenas y atinadas palabras la apuesta mantenida entre D. Alvaro y D. Carlos, su intervención como juez, su viaje por varios lugares de la Mancha, entre ellos el Toboso y la Argamesilla, sin haber encontrado huella, rastro, ni resquicio por donde columbrar

prueba alguna para el pleito de la existencia del verdadero Don Quijote de la Mancha, con otros particulares muy de ser tenidos en cuenta.

Mientras hablaba D. Luis, entró un paje del Duque, y acercándose Cura, hablóle al oído. Pero Pérez salió á seguida, volviendo á poco acompañado de D.^a Antonia, la cual, toda vestida de luto, mostraba en su semblante y en su actitud la turbación propia de una inocente aldeana que por vez primera se veía ante tan excelsas personas, como lo eran los señores Duques.

—Presento á vuestras excelencias —dijo el Cura— á mi señora D.^a Antonia, sobrina del que fué nuestro amigo Alonso Quijano *el Bueno*.

Pusiéronse en pie todos los presentes, dando á entender por la expresión de sus semblantes la natural impresión que les causaba la llegada de D.^a Antonia, y dirigiéndose

á ésta la señora Duquesa, dijole antes de que ella acertase á balbucear palabra:

—Venid á mis brazos, hija mía.

Inclinóse D.^a Antonia toda temblorosa y turbada, y asiendo á la Duquesa de ambas manos, besóse-las una y cien veces, dejando salir de sus ojos dulces lágrimas que así revelaban el dolor de su pecho como la gratitud de su alma.

La Duquesa hízola sentar luego á su lado, y el Duque le dijo con dulzura:

—Huélgome mucho, mi señora D.^a Antonia, de conocer á la sobrina del ilustre caballero á quien tuve por muy mi amigo y á quien albergué en mi castillo de Aragón. No he de decir á vuesa merced que soy muy servidor vuestro y que participo de los duelos que os afligen.

—Gracias, señor, mil gracias por tantas bondades — se atrevió á decir

D.^a Antonia, enjugando las últimas lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Sentimientos de amistad y deberes de conciencia—prosiguió el Duque—me traen á esta aldea á rendir un tributo á la memoria de vuestro tío, á quien, no sin razón, apellidaron *el Bueno*; que bueno era, y de sus bondades, muy singularmente de su resignación y mansedumbre, acaso mejor que otro hombre alguno, pudiera yo hablar muy por extenso.

Atentamente escuchaban los circunstantes, y en particular los caballeros granadinos, la conversación que mantenían los Duques con la sobrina de su perseguido y en vano buscado Don Quijote, convencidos ya, sin sombra alguna de duda, de que estaban en el soñado lugar de la Mancha, cuna del Caballero de la Triste Figura, ante la sobrina de éste, y á la presencia de personas que habían tratado día por

día y año por año á Alonso Quijano *el Bueno*.

Siguieron los Duques en su conversación con D.^a Antonia, y entre otras cosas díjole la Duquesa, que cada vez se interesaba más por aquella joven tan modesta y discreta, que no parecía sino que era imagen de la modestia y de la discreción misma:

—Vuestro señor tío era, según tengo entendido, muy cristiano; mas no he leído en su historia que rezase el santo Rosario.

—Sí, señora Duquesa, muy cristiano era mi señor tío. Rezaba á menudo el santo Rosario por uno que hizo de agallas de alcornoque; porque ha de saber su Excelencia que en cierta vez que quiso rezar estando en Sierra Morena, como no tuviese rosario á mano, «vinosele al pensamiento cómo lo haría, y fué que rasgó una gran tira de las faldas de la camisa que andaban colgando,

y dióle once nudos, el uno más gordo que los demás» (1), el cual rosario lo tuvo algún tiempo por de su uso, hasta que habiéndolo visto en cierta ocasión el señor cura Pero Pérez, le reprendió por la materia no muy limpia de que estaba formado; y á mí me dijo mi señor tío que, si algún día se publicaba su historia, ojalá no hiciera el historiador mérito del tal rosario.

—Cierto—interrumpió el Cura— que reprendí á vuestro tío por lo que decir acabáis; pero de veras digo que no estuve puesto en lo prudente: la intención es la que salva ó mata, y Alonso Quijano tuvo la intención más buena.

— Verdaderamente —añadió la Duquesa,—no fué suya la culpa. Tuviere á mano perlas ó brillantes, y habría con ellos engarzado su rosa-

(1) *Don Quijote*. Parte 1.^ª, cap. xxvi.

rio; que para él, como para todo buen cristiano, á Dios y á la santísima Virgen débese en tributo todo lo más rico de los cielos y la tierra. Pero, dejando esto aparte, ¿no sería bien acordado hacer venir al bueno de Sancho Panza, acompañado de su familia, especialmente de Teresa, á quien tengo vivísimas ganas de conocer?

—Precisamente—dijo el Cura—se hallan ahí, y esperando sólo la venia de vuestras excelencias para honrarse rindiéndoles el debido homenaje.

—¡Bien, bien!—exclamó el Duque.—Ordenad que se presenten.

Salió el Cura, para volver luego con Sancho y su familia.

—¡Que me place!—exclamó don Carlos.—Ardo en ansias de conocer á Teresa y Sanchica.

¡Quién tuviera, exclama al llegar á este punto el autor de la presente historia, la bien tajada pluma del

arábigo historiador Cide-Hamete-Benengeli, para pintar, porque más que pluma era pincel, y pincel incomparable, la turbación y la alegría de Sancho, el mal contenido orgullo de Teresa, el sobresalto de Sanchica, la satisfacción de los Duques y la curiosidad y el interés de D. Alvaro y sus amigos! ¡Quién pudiera describir la figura de Sancho, ennoblecida ya con sombras y lejos de su pasado gobierno; la rechoncha y abotargada de Teresa, la encogida de Sanchica, que vestía vestido de saya y cuerpo verde, y llevaba al cuello una sarta de corales con extremos de oro; quién las cortesías y zalemas que hizo á los Duques el bueno de Sancho, las reverencias de Teresa, que provocaban á risa, y las muestras de cariñosa correspondencia por parte de los Duques!

○ Aquí el autor se aterra y detiene el curso de su relación, esperando

que al escribir el siguiente capítulo el alma inmortal del arábigo historiador, famoso en los ámbitos del mundo, le envíe un soplo de su aliento con que reanimar las desmayadas fuerzas.

CAPÍTULO XV

DE LA SABROSA PLÁTICA MANTENIDA POR
LOS DUQUES CON SANCHO, TERESA Y SAN-
CHICA.

PASADOS aquellos primeros momentos, D. Carlos y sus amigos despidiéronse con corteses razones de los Duques, comprendiendo que éstos gustarían de hablar á solas con Sancho, Teresa y Sanchica, y siguiéndoles Pero Pérez, que dijo iba á acompañar á D.^a Antonia, la cual no salió de la cámara sin mostrar antes con atentísimas palabras su gratitud y reconocimiento á cuantos honraban la memoria de su señor tío, y en especial á sus Excelencias.

Antes de esta despedida que á los

Duques les hicieran cuantos habían asistido en la mesa durante la comida, ocurrió en el antesala un incidente, el cual no quiso pasar en silencio el autor de las presentes líneas; y ello fué, que hallándose Sancho Panza y su familia esperando el momento oportuno para saludar á sus excelencias, hubo de pasar muy cerca de él uno de los pajes de los Duques, y reconociendo Sancho en él al que en la tierra de Aragón hubo de representar el papel del Doctor Pedro Recio de Agüero, que tanto le mortificó privándole de toda clase de alimentos, exclamó arrojándose en los brazos de Teresa:

—¡Jesús, María y José! ¡Dios mío, Dios mío!

—¿Qué vos pasa, marido mío?— exclamó aquélla.—¿Qué ha venido á promover esa ansiedad en que os halláis.

—Calla, Teresa mía. ¡Pero él es,

miradlo!—y señalaba todo amedrentado al referido paje, el cual detuvo su marcha, y acercósele á Sancho, diciéndole:

—Tranquilizaos, amigo Sancho, y dispensadme que os llame amigo siendo ésta la vez primera que os dirijo la palabra;—y esto lo expresó el paje con toda malicia y firmeza para desvanecer las sospechas de aquél.

Sancho miróle atentamente, no queriendo dar crédito á sus palabras, y le preguntó:

—¿Pero no sois vos el Doctor Pedro Recio, á quien un día llamé de mal Agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está á la derecha mano como vamos de Caraquél á Almodóvar del Campo, graduado en Osuna, y á quien ordené en aquel día que se me quitara delante, cuando yo fui Gobernador en la tierra de Aragón?

—No soy ese Pedro Recio de

que habláis—dijole el paje,—ni he conocido doctor alguno que lleve semejante nombre y apellido, que más bien que simpatías debe de infundir en los pacientes el temor y la desconfianza.

—Vuestras palabras me tranquilizan—repuso Sancho,—pero por mi santiguada, tal semejanza hallé entre vuesa merced y ese doctor, á quien en mal hora conocí, que empecé á temer por mi vida al veros cerca de mí.

En tal momento, entró otro paje anunciándoles á Sancho y su familia que sus Excelencias deseaban recibirlos.

Solos ya los Duques, Sancho, su mujer y su hija, dijole la Duquesa, tomando de las manos á la mujer de Sancho:

—¿Os acordáis, amiga mía, de que os dije en mi carta que tiempo vendría en que nos habíamos de conocer y comunicar? Ved, pues,

cómo se ha cumplido mi deseo, aunque deploro la causa de mi venida á esta aldea. Habladme, habladme, amiga Teresa, que yo sé que no tenéis pelos en la lengua.

—¡Qué buena, qué llana y qué humilde señora!— exclamó Teresa, mirando á su marido.

—Paréceme — dijo la Duquesa, clavando sus ojos en Sanchica— que esos corales.....

—Son los mismos que vuesa excelencia le envió con el paje— interrumpió Teresa.

—Y el vestido que viste— añadió Sancho— está formado de aquel de cazador con que me agasajó vuecencia.

—Y por cierto que le viene como pintado. ¿Cuántos años tenéis, Sanchica?

Sanchica, toda medrosa y casi sin levantar la vista del suelo:

—¿Cuántos años tengo, padre?— preguntó á Sancho.

—Hogaño, como quien dice, cumplió catorce.

—¿Y no tenéis más hijos?—preguntó la Duquesa.

—Sí tenemos—contestó Teresa,—y hermoso como un sol. Sanchico se llama, y está en casa de su tío el abad, que vive en una aldea vecina y le ha de dejar hecho de la Iglesia.

—Quisiera yo—dijo el Duque—que el bueno de Sancho nos dijera de qué enfermedad murió mi buen amigo Alonso Quijano; porque, á la verdad, á mis noticias sólo ha llegado la nueva de su fallecimiento.

Lanzó Sancho un profundo suspiro, y dijo:

—Señor Duque, juro por estas cruces (é hizo cinco con los dedos de ambas manos, cruzándolas) que mi amo y señor Don Quijote no murió de enfermedad alguna.

—¡Pues cómo!—exclamó el Duque.—¿Es posible que se muera un

hombre sin enfermedad, Sancho amigo?

—Sin enfermedad del cuerpo digo —añadió Sancho;—pero si le acabaron enfermedades del alma, tristezas y melancolías.

—¿Tristezas y melancolías, tal vez porque no quisisteis desencantar, dándoos los azotes que os impuso el sabio encantador Merlín, á la simpar Dulcinea del Toboso?

—No por cierto, señor Duque; que me dí aquellos azotes y aun algunos más de añadidura. Y ¡Dios sabe si es verdad lo que digo!

—¿Y fueron muchos esos azotes?—preguntó Teresa, interrumpiendo á su marido.

—Tres mil y tantos, mujer—contestó Sancho,—sin los de añadidura.

—Blandos y suaves debieron de ser, marido mío—añadió Teresa,—porque yo no he visto en vuestras espaldas las señales del cordel.

—Y ¿podría decirnos el bueno de

Sancho—preguntó el Duque—cuál fué la causa de esas melancolías y tristezas, ya que en ellas no tomó parte lo del desencanto de la señora Princesa del Toboso?

—Sí, lo diré á vucencia. Mi amo y señor murió de mal de vencimiento—exclamó Sancho.

—¿Y qué mal es ése?—preguntó la Duquesa.

—El que acaba con los caballeros andantes; el que llevó á la fuesa al más bueno y valeroso de todos.

—¿Por ventura—preguntó el Duque—vuestro amo y señor fué vencido; él, nata de los caballeros, el primero en acometer, vencedor siempre, cuando no molido por yan-güeses ú otra gente de la misma estofa?

—Lo fué, señor, y en la playa de Barcelona.

—Diga, diga, Sancho—exclamaron á un tiempo el Duque y la Duquesa, que por primera vez oían

hablar del vencimiento de Don Quijote.

Miró Sancho á un lado y otro, como receloso de que otras personas pudieran escucharle, y dando á sus palabras tono de gravedad y misterio, dijo:

— Pues han de saber vuestras Excelencias que, estando en Barcelona mi señor Don Quijote, desafióle á singular combate uno que parecía ser caballero andante y dijo llamarse el de la Blanca Luna, para probar la fuerza de los brazos de mi amo y hacerle conocer y confesar que su dama era, sin comparación, más hermosa que Dulcinea del Toboso; siendo condición, si Don Quijote era vencido, que había de dejar las armas y recogerse y retirarse á este lugar por tiempo de un año, sin echar mano á la espada. Vencido fué, por flaquezas de Rocinante, mi amo y señor, que confesó, molido y aturdido, y sin alzarse la visera, que

Dulcinea era la más hermosa mujer del mundo, y él el más desdichado caballero de la tierra. Vinose á esta aldea, después de haber saludado á vuestras Excelencias, y apesadumbrado por su vencimiento, ó, lo que yo más bien creo, por no poder seguir en sus desventuradas aventuras, según la ley del vencedor, dió con sus huesos en el lecho y murió como un bendito, mejor diría, como un santo.

Y Sancho interrumpió su relato para limpiarse con el dorso de la mano derecha gruesos lagrimones que saltaban de sus ojos y corrían á emboscarse entre las marañas de sus desaliñadas barbas.

— Mucho extraño, Sancho amigo —dijo el Duque,— que vuestro amo y señor nada nos dijera ni á mi señora la Duquesa, ni á mí, cuando pasó por mi palacio de regreso de Barcelona, tocante al malhadado lance de su vencimiento.

— Ello sería — dijo Sancho — por la natural vergüenza, amén de la mucha pena que le causaba su mísero estado; pudiendo decirse, y no sin razón, que mi amo y señor no estaba entonces para darle migas á un gato.

— ¿Y no habéis logrado saber — preguntó el Duque — quién fuera el Caballero de la Blanca Luna, que, por mi fe, debió de ser muy valeroso cuando venció á la flor y nata de la caballería? Nada he leído en las historias de ese caballero, ni á mis oídos han llegado hasta ahora las nuevas de sus famosos hechos.

Volvió Sancho á mirar á todos lados como temiendo que por otras personas que los Duques fuesen oídas sus palabras, y cierto de que no le escuchaban otros oídos:

— Señor, el Caballero de la Blanca Luna era el bachiller Sansón Carrasco — dijo en voz muy baja y con solemne acento.

— ¡El Bachiller! — exclamó sorprendida Teresa

— El mismo; y ¡ojalá que mi amo hubiese hecho caso de mí cuando lo venció en el bosque! Hubiérale ensartado entonces con la lanza, y no habría salido en buenas de la muy desventurada aventura que dió en tierra con mi señor y con su vida.

— ¿Y quién es ese Bachiller? — preguntó la Duquesa.

— Un nuestro convecino — contestó Sancho, — zumbón y un tanto maleante, que una vez fué, disfrazado de caballero andante y llamándose el del Bosque, en busca de mi amo para vencerle y así curarlo (pero fué por lana y salió trasquilado); y perseverando en su propósito, ó más bien llevado por el demonio de su vanidad, y deseoso de tomar el desquite, so capa de curarlo vencéndolo, lo venció y lo curó matándolo; que matarlo fué

cortar de raíz el árbol de sus imaginaciones.

—Hanme dicho, Sancho—exclamó la Duquesa,—que no todos fueron duelos y llantos durante la enfermedad y en los últimos momentos de la vida de vuestro amo y señor, y que, aun cuando la casa andaba alborotada, comía Doña Antonia, brindaba el ama y vos os regocijabais.

Quedó Sancho como sorprendido y con tanta boca abierta al oír á la Duquesa, la cual, según llegó á averiguar el autor de esta historia, no había sabido tal cosa, sino que, llevada de su natural malicia, metía mentira, como vulgarmente se dice, para sacar verdad y con el intento también de ver hasta dónde alcanzaba el cariño de Sancho al que fué su amo y señor.

—¡Miente el bellaco, ruin y mal nacido que tal cosa dijo á vuestra excelencia!—exclamó Sancho montando en cólera. —¿Que Doña An-

tonia comía? No diré yo que no; é hizo bien, porque de no haber comido, quizá y sin quizá se hubiera muerto antes que su señor tío. Yo no vi brindar al ama, lo juro por mi santiguada; y fálteme la tierra que piso si yo me regocijé; antes bien, tanto me apesadumbró la enfermedad y muerte de mi señor, que á poco más no lo cuento.

— Es cierto, señora Duquesa — exclamó Teresa, — Sancho enfermó del dolor de haber perdido á su amo, y hasta há pocos días no ha recobrado la salud.

— Impostor debió de ser sin duda alguna — añadió el Duque — quien dió tan descabellada noticia á mi señora la Duquesa, porque si bien es verdad que

..... esto
Del heredar algo, borra
Ó templa en el heredero
La memoria de la pena
Que es razón que deje el muerto (1),

(1) Capitulo último. *Don Quijote de la Mancha.*

no lo es menos que esta sentencia no reza con almas tan bien templadas como la de Sancho, nuestro amigo, y con corazones tan enteros y generosos como el suyo.

En esto de la conversación iban cuando se presentó en la cámara un paje, é inclinándose reverentemente:

—Señor Duque—dijo,—el italiano que diputasteis á esta aldea pide vuestra venia para hablaros.

—Decid que pase—dijo el Duque.

Entró á poco el aludido personaje y habló algunas palabras con el Duque (en tanto que afable departía la Duquesa con Sancho, Teresa y Sanchica).

—Tenedlo dispuesto y aparejado todo para mañana luego que terminen las honras y sufragios — dijo el Duque, dispidiendo al recién llegado; y, dirigiéndose á Sancho, exclamó:

—No vos acongojéis por las pala-

bras de mi señora la Duquesa; porque repito que impostor fué quien le dió la noticia que tanto os ha apesadumbrado. Dispongámonos todos á pedir por el eterno descanso del alma de Alonso Quijano *el Bueno*, olvidando las miserias de este mundo y ciertos de que, si nacen de lo más íntimo de nuestro corazón, llegarán nuestras oraciones al trono del Padre de las misericordias.

En esto oyóse claro y distinto el toque de ánimas que al viento lanzaba la esquila de la iglesia de la aldea; y, poniéndose todos en pie, rezaron tres *pater noster* por el eterno descanso de las almas que purgan en la otra vida los pecados que cometieron en ésta.

— Hora es ya de descansar — dijo luego el Duque. — Y despidiéndose, juntamente con la Duquesa, de Sancho, Teresa y Sanchica, se entró en la cámara donde les habían prepa-

rado cómodos lechos Hemerencia y Altisidora.

Cuando Teresa, acompañada de su marido y su hija salió á poco de la casa de D. García de Torres, iba diciendo y repitiendo:

—¡Qué buena, qué llana y qué humilde señora!

CAPÍTULO XVI

DE LO QUE SUCEDIÓ AL CABALLERO DE LA
BLANCA LUNA Y Á SU ESCUDERO AL DÍA
SIGUIENTE DE SU ENCUENTRO CON LOS
CABALLEROS GRANADINOS.

APENAS había transcurrido una
media hora después de la se-
paración de los caballeros grana-
dinos del de la Blanca Luna, acer-
cósele á éste su escudero Pedro
Alonso, diciéndole:

—Bueno sería, amo y señor mío,
que regresáramos á la venta que
acabamos de dejar, porque, debien-
do cuidar de vuestra persona, creo
lo más acertado el volver allí, donde
hallaréis el reposo que necesitáis
para lograr el fin que os propo-
néis.

—No, Pedro. Estas privaciones á que me veo sometido no tan sólo fortifican mi cuerpo, sino que también alientan mi espíritu. La comodidad, el regalo y la indolencia quédense para los cortesanos y palaciegos que visten la seda y el brocado; sólo en el nombre se llaman caballeros. Así, pues, diferenciándome de ellos, repetiré lo que dijo el otro:

Mis arreos son mis armas,

Mi descanso el pelear.

—Bien dice vuesa merced; pero yo, señor, que ni soy caballero andante, ni llevo trazas de serlo, sino un pobre escudero, cargado de años y obligaciones, menester he, no de regalos ni de comodidades, sino de reposo, para reponer mis desmayadas fuerzas. Considere vuesa merced que há dos noches no pego los ojos, que soy un padre de familia, que debo guardarme para los míos

y atender á mi menester. Volvamos, señor, á la venta, que está cercana, y en tanto que yo duermo, lo que haré á pierna tendida, vuesa merced podrá darse á sus cavilaciones amorosas y á lo demás que es propio de desvelados caballeros andantes.

—Tenéis razón, Pedro— exclamó el Bachiller.—Ensimismado en mis pensamientos, no considero que sois de carne flaca. Volvamos á la venta, que ahora me ha venido al pensamiento el pasar la noche componiendo mis coplas á la ingrata y desdeñosa amiga mía, y en tanto que yo invoco á las hijas de Apolo y con ellas de parto, vos dormiréis, para reponeros de las fatigas pasadas.

Volvieron los pasos á sus cabalgaduras, enderezándolos hacia la venta, adonde llegaron al comenzar de la noche. Pasáronla amo y escudero como éste deseaba, esto es, durmiendo Pedro á más y mejor, y en-

hilando aquél versos amorosos que repetía una y mil veces para que no se le fuesen de la memoria. Mas como quiera que no basta la voluntad del hombre para contravenir las leyes de la naturaleza, fué lo cierto que rendido el cuerpo, si bien encendida la fantasía, al despuntar del alba Sansón Carrasco cayó en el más profundo de los sueños.

Muy entrado el día, Pedro Alonso, que había dormido más que su amo, despertó á éste, quien juró y perjuró que el sueño no había, nó ya cerrado, pero ni tan siquiera entornado sus ojos. Almorzaron luego unas manos de puerco, tan sabrosas, que de gusto Pedro Alonso se relamió las suyas; unas bellotas avellanas y sendas rajas de queso del país, rociado todo con tragos del tinto de Ciudad Real. Terminado el almuerzo, cuidó mucho Pedro Alonso de embutir los restos en

sus alforjas; pareciéndole poco, las provisionó mejor de cuanto había en la venta, procurando así que no le faltase que comer hasta su llegada á la aldea, adonde intentaba conducir á su amo, temeroso de que la locura de éste, que iba creciendo por instantes, llegase á su colmo y aconteciese algún desgraciado suceso para ambos.

Despidiéronse del ventero y de su mujer, y tomaron, por indicación de Pedro, el camino que conducía á la aldea, sin que el Bachiller, embebecido en sus pensamientos, se percatase de por dónde caminaban.

Anduvieron un buen rato amo y escudero sin decirse palabra, al cabo del cual Sansón Carrasco, deteniendo el paso á su cabalgadura:

—Aquí—dijo—hemos de descansar un buen espacio, Pedro. Asáltanme al pensamiento versos y canciones, y no quiero que el caminar me los borre de la memoria. Lo apacible

de este lugar, el susurro de estos árboles, cuyas ramas la blanda brisa mueve, y el murmurio de esa fuente que entre guijas se desata, partes son, oh mi buen escudero, para que las musas más estériles se muestren fecundas.

Y de un salto se apeó de su caballo y fué á sentar al pie de una frondosa encina.

—Puedes, Pedro amigo—añadió, en tanto que yo me doy á componer versos, pasear y discurrir por estos parajes, y aun dilatar la vista y el corazón subiendo á ese cerro vecino, desde donde, ó mucho me equivoco, ó deben de divisarse las cuatro partes del mundo.

Quedó el Bachiller al pie de la encina, y Pedro Alonso, montado en su asno, subió el cerro que le señaló su amo, no movido por la curiosidad, que harto conocía él todos aquellos lugares, sino para obedecer á su amo y matar el tiempo, como

decir se suele. Ya en la altura, vió Pedro Alonso á lo lejos como una inmensa polvareda que rápidamente avanzaba por el camino. Poco á poco fuése haciendo perceptible la causa de aquélla, y divisó clara y distintamente coches, carros y caballos, dos carrozas tiradas por hacaneas y mucha gente como servidumbre de algunos que, á juzgar por lo que veía, debían de ser grandes caballeros, excelsos y muy principales señores. Cayó luego en la cuenta de que todo aquel tropel de gentes no podía ser sino la comitiva de los Duques, y que éstos serían los que en las carrozas iban; porque ¿quiénes sino ellos irían con tanta pompa y tanto séquito por aquel camino que á la aldea llevaba?

—Los Duques, los Duques son, sin duda alguna—dijo para su colete: —los Duques que se encaminan á la aldea para asistir en las honras fúnebres de Alonso Quijano *el Bueno*.

Permaneció en lo alto del cerro hasta que á lo lejos fué perdiéndose la comitiva y desvaneciéndose la polvareda, y luego pensó:

—Bueno es que lleguen los Duques, los cuales antes de la noche estarán en la aldea, á juzgar por lo precipitado de su marcha; bueno es, porque ó mucho me equivoco, ó yo sé ya cómo reducir á Sansón Carrasco para que vuelva al lugar de donde nunca debió salir.

Bajó luego al pradillo donde había quedado el Bachiller, y halló á éste que, dando paseos, recitaba con estentóreas voces el siguiente madrigal, parto de su calenturiento magín:

Un nombre peregrino
El ave canta al exhalar su trino;
Recógelo contento
En sus alas el viento;
Lo murmuran las linfas de la fuente
Al deslizarse en plácida corriente,
Y presto pasa al río caudaloso
Que lo arrastra en sus ondas majestuoso

Al ancho mar y á la apartada orilla.
¡Quién al dolor se humilla!
¡Quién se rinde al pesar y á la tristeza,
Si aqueste nombre suave
«Cloris» lo canta el ave,
Y extiende su grandeza
El viento, el río, el mar!.... ¡Naturaleza!

—¡Que me maten—pensó Pedro Alonso—si la locura de este pobre Bachiller no va en aumento! Y dirigiéndose á Sansón Carrasco le dijo, tratando de volverlo á su acuerdo:

— O yo no entiendo de versos, señor, ó juro por el santo de mi nombre que los de vuesa merced son peregrinos cual no otros; pero si va á decir la verdad, ésta no sale muy bien librada de vuestras manos, porque si bien es cierto que en las ramas de estos árboles que los últimos rayos del sol doran, cantan algunos pájaros, yo no oigo que ninguno diga «Cloris», ni cosa que lo valga, ni veo que el viento tenga

alas y menos oigo murmurar á las «ninfas» de la fuentes, aunque de esto no dudo, porque por lo que tienen de femeninas gustarán de la murmuración, ni advierto, en conclusión, que el riachuelo que por aquí corre arrastre en su corriente ese nombre, que de ver sería arrasrado un nombre por un río.

—¡Bellaco, harto de ajos!— gritó encolerizado el Bachiller.—¡Qué entiendes tú, rústico, de madrigales! Bien dijo el que dijo que no se hizo la miel para la boca del asno. La poesía, dón del cielo, no bajó á la tierra para aposentarse en las casas de villanos, sino en los palacios de los señores. Y cuenta, hombre mal nacido, que esto de villanos y señores, cuando de la poesía hablo, ha de entenderse como si quisiera decir talentos esclarecidos y cabezas sin seso.

Largo rato departieron sobre el mismo tema amo y escudero, en el

colmo de la exaltación el Bachiller y zumbón y apicarado Pedro Alonso, y separados luego no mucho trecho el uno del otro, se sentaron sobre la fresca hierba. Requirió Pedro Alonso las alforjas, brindó á su amo, que no quiso probar bocado, y á poco el blando sueño rindió á ambos.

CAPÍTULO XVII

DE LO QUE Á PEDRO ALONSO LE SUCEDIÓ EN
LA ÚLTIMA NOCHE QUE SIRVIÓ DE ESCUDE-
RO AL DE LA BLANCA LUNA.

MUY entrada la noche, Pedro Alonso se despertó sintiendo en su frente y mejillas el contacto de unas frías manecillas como las de alguna alimaña. Abrió los ojos, y no reconociendo qué clase de animal pudiera ser el que aparecía ante su vista, y creyendo que sólo el diablo, en tal figura representado, podría venir á tentarle, comenzó á santiguarse rápidamente, exclamando: «¡*Vade retro*, Satanás, que soy cristiano viejo y no te han de valer tus afiladas uñas!» Púsose en pie, y sacando su espada,

exclamó: «Ahora lo veredes, dijo Agrajes.» Mas observando que aquella alimaña, lejos de acometer, se acurrucaba entre las mantas de su mal provista cama, quedóse en guardia como para rechazar cualquier acometimiento. Durante el breve tiempo que en tal actitud quedara Pedro Alonso, siempre implorando la protección del cielo con oraciones y plegarias, hubo de acercársele precipitadamente un muchacho que parecía haber venido en seguimiento de la alimaña.

Le rogó encarecidamente que le hiciera entrega de la misma. Hízole Pedro Alonso señas para que la recogiera y para que no interrumpiese las oraciones y plegarias que rezaba, como también para que no despertara á su amo y señor, á fin de que no tuviese aquel sucedido por mal presagio en sus venideros propósitos.

Recogió el muchacho lo que con

tanto deseo pretendía, regresando por sus mismos pasos y llevando sobre los hombros su endiablada carga.

Quedó Pedro Alonso extático y pasmado por cuanto había sucedido, proponiéndose pasar la noche en continuas oraciones antes que consentir que de nuevo se le apareciera el demonio.

Refiere la historia que habiendo tenido conocimiento Ginesillo de Pasamonte, convertido más tarde en maese Pedro (el cual con su retablo y su mono, no tan sólo ganaba su vida, sino que además evitaba la persecución de la justicia, después que Don Quijote de la Mancha hubo de proporcionarle la libertad en unión de otros muchos que llevaban á galera), de que á la aldea próxima á aquel lugar habían de llegar unos excelsos Duques para celebrar una gran fiesta religiosa, creyó oportuno encaminarse á ella por ver si

lograba con su retablo pingües beneficios, y que le cogió la noche en aquel mismo sitio en donde el Bachiller y Pedro Alonso hicieron punto de parada.

Mas parece ser que, al descargar las bestias que el retablo conducian, hubo de escapársele al muchacho que siempre le acompañaba la alimaña que tanto había amedrentado á Pedro Alonso, y era un gran mono, y que temeroso de que maese Pedro le reprendiera por su descuido, salió precipitadamente en busca del animalillo.

Sabedor maese Pedro por lo que el muchacho le refirió de que muy cerca de él se hallaban otros viajeros, púsose de nuevo el parche que cubría su ojo izquierdo (porque sólo para dormir se lo quitaba), y dirigióse hacia el lugar que el muchacho le señaló.

Pedro Alonso, que no cerraba los ojos temiendo que de nuevo se le

apareciera el diablo, vió que se le acercaba sigilosamente un hombre todo vestido de camuza, medias, gregüescos y jubón, el cual suspendió su marcha al observar que no lejos de él poníase de pie uno de aquellos hombres de los que el muchacho le había dado cuenta, y con voz temblorosa preguntó:

—¿Quién va allá? ¿Qué gente? ¿Es por ventura del número de los valientes ó del de los temerosos?

—De los temerosos—exclamó el recién llegado.

—Pues véngase á mí—dijo Pedro Alonso,—que aún no me llega la camisa al cuerpo por haber visto no há mucho al mismo Lucifer en persona.

En acabando de decir Pedro Alonso estas palabras, acercósele aquel desconocido, é invitado para que tomase asiento, le preguntó cuál era el objeto de su llegada, alegrándose de ver y hablar con humana persona.

Sentóse maese Pedro, diciéndole á Pedro Alonso:

—Extraño, señor mío, hallaros en semejante lugar y á tales horas, cuando no veo mercancía ni carga alguna que os obligue á pasar la noche en despoblado.

—Ni compro, ni vendo, ni muévenme á pasar las malas noches y los peores días, comercio alguno. No sé si por malos de mis pecados ó por mi buena suerte (que esto aún está por averiguar), ando buscando tres pies al gato; no sé si á la fin y á la postre del negocio que tengo entre manos he de lograr que me lleve el diablo, aunque esta misma noche lo he tenido muy cerca de mí.

Por estas palabras coligió el recién llegado que aquel aldeano hubo de tomar á su mono por el mismo Satanás, y creyendo oportuno explicarle lo sucedido, dijole que él era el dueño del mono, con el cual,

y un retablo que allí mismo tenía, ganaba honradamente su vida, todo lo cual llevaba á un lugar inmediato para dar algunas funciones en su provecho.

Después le preguntó:

—Y ¿cómo os llamáis vos, buen hombre?

Sorprendióse Pedro Alonso por semejante pregunta; mas como viejo y experimentado no quiso darle su nombre verdadero, creyendo que podría fácilmente engañarle; díjole que se llamaba Sancho Panza.

—¡Cómo! ¿Sancho Panza habéis dicho? En verdad de verdad que nadie lo creería, porque si tal fuerais, me diríais quién sospecháis que fué el que hurtó á vuesa merced el rucio en las entrañas de Sierra Morena, y más tarde lo rescatasteis dando muestra de muy grande alegría.

—En verdad, señor, que habéis hablado, sin duda alguna, con vuestro mono, que debe ser el mismo

diablo, de quien dicen que aprendió Merlin lo que aquél enseñarle quiso. Perdonad mi falta en no haberos dicho la verdad. Llámome Pedro Alonso, y sirvo de escudero á un malhadado caballero á quien su mala ventura lo lleva y arrastra adonde sólo Dios podrá saberlo.

—¿Y qué ha sido del jamás como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha?

—Murió, señor—contestóle Pedro Alonso,—y precisamente en este mismo día habrán llegado á la aldea los señores Duques, que costean las más suntuosas honras por el descanso de su alma.

—¿Luego esos Duques de quien antes os hablé son los mismos que van á la aldea de Don Quijote, y las honras que en esa aldea se celebrarán son por el descanso del alma de aquel invicto caballero?—exclamó Ginesillo.—¡Que me place!

—¿Y vais—preguntó Pedro Alon-

so—á mi aldea en ocasión de unas honras fúnebres con el intento de ganar algunos ducados?

—¡Y tanto! Pasadas las honras, amigo mío, el muerto al hoyo y el vivo al bollo. Yo busco á la gente, y claro es que no he de hacer mis títeres ni armar mi retablo en la iglesia. Y ahora os pregunto yo á mi vez: ¿quién es ese hombre que no lejos de nosotros yace tendido á lo largo, y, por lo que á la luz de la luna alcanzo á ver, parece que está armado de todas armas?

—Ese es—contestó Pedro Alonso—el malhadado caballero andante á quien antes me referí, el mismo bachiller Sansón Carrasco.

—¿Pero es posible que haya hoy caballeros andantes?

—No los hay ni los ha habido; pero éste, como Don Quijote, lo ha de los cascos.

Siguieron Pedro Alonso y Ginesillo departiendo amigablemente

hasta que los rindió el sueño, que fué luego, aconteciendo que en el punto que ellos se durmieron se despertó el Bachiller, el cual ya no volvió á pegar los ojos en el resto de la noche, antes bien túvolos muy abiertos y desencajados, como si viese muchas y portentosas cosas. Veíalas realmente en su exaltada fantasía, que le representaba en los troncos de las encinas, nudosos y retorcidos, gigantes, endriagos y monstruos que se disponían á acometerle. Estas visiones, verdaderos entes de razón, representábanle las venganzas que imaginaba habían de tomar contra él los Duques, en busca de los cuales salió de la aldea, y montando en cólera, paseaba y gesticulaba sin darse punto de reposo.

Apenas se mostraron á los mortales los primeros albores del siguiente día, retiróse maese Pedro hacia el lugar donde se hallaban el muchacho, su mono y su retablo, sa-

liendo en breve en dirección á la aldea.

Pedro Alonso acercóse á su amo, y observando el extraño aspecto que éste mostraba con su descompuesto y pálido semblante, unido á sus frases incoherentes y violentos movimientos de todo su cuerpo, parecióle que era necesario de toda necesidad inducirlo á que volviese á su lugar. Viendo que eran inútiles las observaciones que le hacía para lograr su intento, apeló al último recurso, y se decidió á comunicarle la nueva de la llegada á la aldea de los Duques con toda su comitiva.

Atentamente lo escuchó nuestro Bachiller, y abriendo desmesuradamente los ojos, corrió hacia su caballo y saltó sobre él precipitadamente, empuñó la lanza, hundió las aceradas espuelas en los ijares del bruto y salió disparado en vertiginosa carrera hacia la aldea, sin que fueran parte á detenerle los incesan-

tes ruegos que Pedro Alonso le dirigia.

Siguióle éste á los pocos momentos, aguijoneando su asno; pero muy luego le perdió de vista.

CAPITULO XVIII

DE CÓMO ACABA LA RELACIÓN DE LOS SUCESOS OCURRIDOS EN LA ALDEA CON EL MÁS INAUDITO DE TODOS LOS QUE REGISTRAN LOS ANALES MANCHEGOS.

APENAS «había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos», cuando la esquila de la iglesia de la aldea comenzó á convocar á los fieles para que asistiesen á las solemnes honras fúnebres que los Duques habían dispuesto en sufragio del eterno descanso del alma de Alonso Quijano *el Bueno*. Pequeña y pobre era la iglesia, como iglesia de aldea, sin más que un altar, y en él una imagen del crucificado, es-

cultura tosca, muy embadurnada y poco provocante á la devoción. En el centro cuatro bancos, y en el coro un facistol desvencijado. Los suelos sin esteras ni ladrillos, húmedos y fríos; las paredes enjalbegadas, con las cruces del *via crucis* y alguno que otro lienzo representando pasajes de la vida del santo bajo de cuya advocación estaba el templo, obras de pinceles no menos diestros que los cinceles que tallaran la imagen del Crucificado. Pero en el día á que esta verídica historia se refiere, gracias á los desvelos del cura Pero Pérez, del Sacristán, de cuyo nombre nada dicen los anales manchegos, y de Tomasillo, el hijo del herrero, la iglesia se había transformado como por arte de encantamiento. Muchas candelas en el altar, blandones en el centro y paños negros en las paredes, señales inequívocas de las honras que iban á celebrarse.

Fueron, desde las primeras horas de la mañana, concurrendo á aquel santo lugar los moradores de la aldea, que en todos vivía la memoria gratísima de Alonso Quijano, y todos querían aplicar misas por el sufragio del alma del nobilísimo caballero antes de que comenzasen las honras.

Verdaderamente andaba revuelto todo en la aldea. No había casa ni lugar donde no se hablase con encomio del muerto y de los generosos personajes que á manos llenas daban sus dineros para honrar al hidalgo Don Alonso. Los Duques, dejando á las primeras luces de la mañana las ociosas plumas, apercebíanse para ir al templo, vistiendo trajes de riguroso luto; Sancho, Teresa y Sanchica andaban de acá para allá, impacientes porque llegase la hora convenida. El cura Pero Pérez asistía en la iglesia, disponiéndolo y acomodándolo todo, para que nada

cayese en falta, mucho antes de que amaneciese; Maese Nicolás iba de casa en casa haciendo la barba al todo correr de la mano, y los caballeros granadinos, D. Alvaro, don Luis y D. Carlos, esperaban impacientes también la hora de las ceremonias religiosas.

A medida que el tiempo transcurría aumentaba á la puerta del templo la concurrencia de los vecinos de la aldea, que, con curiosidad propia de villanos, esperaban la llegada de los muchos y principales señores que habían de asistir en la fiesta.

Uno de los pajes que formaba parte de la servidumbre de los señores Duques era aquel que tan hábilmente representó el papel que se le encomendó, cantando al són de una arpa las estrofas que volvieron á la vida á la muerta Altisidora; y es de saber que el ceguezuelo del Amor, que no pierde ocasión alguna

para arrojar sus dardos, flechó al dicho mancebo aquella mañana cuando de parte de sus señores los Duques fué á la casa de Don Quijote para saludar á Doña Antonia; pormenor que no quiere pasar en silencio el autor de esta verdadera historia, porque es buen ejemplo de que el amor hace de las suyas aun allí donde reina la muerte misma.

La rara habilidad del mozo, su buen juicio y discreción le hacían merecedor de las particulares distinciones de sus excelencias, amén de ser segundón de una familia principal del reino de Aragón.

Sancho y su familia, el médico y el barbero, y muchos vecinos que vestían sus más pulidos trajes de riguroso luto, unidos á los caballeros granadinos, cuchicheaban no muy lejos del pórtico de la iglesia, volviendo algunos de ellos la vista hacia un lugar no distante del que ocupaban y en el cual habíanse rea-

lizado, durante los anteriores días, unos trabajos no vistos por nadie y dirigidos por el personaje italiano.

Propúsose por D. Alvaro Tarfe que, siendo llegada la hora de comenzar las honras, fuesen algunos vecinos con él y sus dos amigos á la casa donde se hallaban alojados los señores Duques, á fin de acompañarlos en su tránsito hasta la iglesia, y así se hizo con asentimiento de todos.

Salieron los Duques, llevando en su compañía, y en medio de ellos dos, á Doña Antonia, y seguidos del eclesiástico de su casa y de toda su servidumbre.

Al llegar la comitiva á la puerta del santo templo, descubriéronse todos los allí aglomerados, dando muestras del mayor respeto y recogimiento.

Entraron todos en la iglesia, ocuparon sus respectivos lugares y comenzó el santo sacrificio de la Misa.

No parecía sino que á la pena y sentimiento de la sobrina de Don Quijote se unía el de todos los vecinos de la aldea.

Llegado el momento oportuno, y en medio del religioso silencio que todos guardaban, ocuparon sus puestos los señores celebrantes, y poniéndose en pie el cura Pero Pérez, dirigió su palabra á todos, encomiando las muchas y relevantes virtudes de Alonso Quijano, las que le hicieron merecedor del dictado de *Bueno*.

Terminada la misa de *Réquiem* y las demás preces propias del caso, fué saliendo de la iglesia aquella muchedumbre allí apiñada para ver pasar de nuevo á los Duques, que departían con Doña Antonia rodeados de los caballeros granadinos y de otras muchas personas, entre ellas, y en primer término, Sancho, Teresa y Sanchica.

Apenas se incorporaron á esta

comitiva el cura Pero Pérez y los otros dos celebrantes, acercóse á sus Excelencias el italiano pidiéndoles la venia para el acto que debía celebrarse luego.

Dadas las órdenes oportunas, dirigieronse los Duques, llevando siempre á su lado á Doña Antonia y seguidos de cuantos habían asistido en las honras, al lugar donde se habían verificado los trabajos por aquel misterioso personaje dirigidos.

Llegados allí, descubrióse el italiano y puso en manos de su Excelencia la Duquesa un ancho cordón de seda y oro entretejidos, el cual entregó ésta á Doña Antonia.

Con mano temblorosa tiró Doña Antonia del cordón, y desprendiéndose de sus ligaduras las trabas que sujetaban las cortinas que ocultaban á la vista lo que con ellas se encubría, vieron todos los circunstantes una estatua ecuestre, de bronce y

mármol fabricada, representando la misma figura de Don Quijote de la Mancha, armado de todas armas y montado en Rocinante, tan fielmente representado, que la obra produjo una exclamación general de admiración y de sorpresa.

A punto estuvo de sufrir un desmayo Doña Antonia, lanzando muchos de los circunstantes un mal reprimido grito por la impresión que recibieran ante la vista de aquella copia fiel y exacta de Don Quijote de la Mancha; siendo tan grande la admiración causada en aquel concurso de gente, que no hubo quien fijara su atención en el camino que á la aldea conducía. Descendía por él, á todo el correr de su poderoso caballo, un caballero cubierto de todas armas, calada la visera de su vistoso casco y llevando en el ristre poderosa lanza.

Cuando la concurrencia apiñada alrededor de la estatua logró darse

cuenta de aquel alud que se le venía encima, todos los allí reunidos prorrumplieron en una exclamación de sorpresa y asombro.

Cerca ya aquel caballero del lugar en que se hallaba la estatua ecuestre, no hubo ni uno solo de los circunstantes que tratara de oponerse al terremoto que amenazaba; y así dividióse en dos mitades la muchedumbre, dejándole el paso franco.

Apenas llegó á detener su ímpetu aquel Belerofonte poderoso, que con mano diestra contuviera su caballo, y cerca ya de la estatua, alzó su vista el caballero, y reconociendo á Don Quijote de la Mancha, abrió los brazos, desprendióse de su mano la lanza que llevaba y, cayendo de espaldas sobre la grupa de su caballo, vino de momento á dar en tierra,

Rápidamente llegaron á él el Duque, Sancho, los tres caballeros granadinos con el cura Pero Pérez, el médico y algunos servidores de sus

excelencias. Al punto, y ansiosos de conocer quién podría ser tal caballero, desatáronle las ligaduras de su luciente casco, y un grito de sorpresa y dolor se escapó de todos los labios.

En tal momento declaró el médico, allí presente, que una fuerte conmoción cerebral había producido la muerte instantánea de aquel vecino de la aldea.

Hincándose de rodillas el cura Pero Pérez, cerca del cadáver, rezó una breve plegaria y alzó los brazos al cielo, exclamando:

— Altos designios de la Providencia. Respetemos su santa voluntad.

— ¿Quién es ese hombre? — exclamó el Duque.

— Señor — dijo el Cura, — el bachiller Sansón Carrasco, el Caballero de la Blanca Luna.

Hallándose cerca de Pero Pérez Sancho Panza, é hincándose igual-

mente de rodillas al lado del Cura, exclamó en voz baja:

— Quien á hierro mata á hierro muere. La Providencia me ha salvado de cometer un crimen.

El Duque dispuso que aquella misma tarde se le diera cristiana sepultura al cadáver del matador de Don Quijote, y alejándose todos de aquel lugar de muerte y de tristeza, regresaron á sus hogares respectivos, ordenando lo conveniente su Excelencia para salir luego de la aldea y encaminarse á Madrid.

Altamente impresionados los caballeros granadinos, se ofrecieron á acompañar á sus Excelencias hasta el punto en el cual habrían de separarse para regresar ellos á Granada, y, aceptado por los Duques, salieron todos muy luego, visiblemente acongojados y pesarosos.

Antes de separarse los caballeros granadinos de sus Excelencias, preguntó D. Luis al Duque:

—¿Podría decirme su Excelencia cuál sea el nombre del lugar en que hemos presenciado tan estupendos sucesos?

—Sólo puedo manifestaros—contestó el Duque—que es *un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme*, porque son tantos los recuerdos que de él llevo y vivirán en mi memoria, cuanto los sentimientos que llenan mi corazón.

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO I.—Que trata de cómo el bachiller Sansón Carrasco volvió á ser el Caballero de la Blanca Luna	7
CAP. II.—Donde se continúa el diálogo mantenido por el Caballero de la Blanca Luna y su escudero Pedro Alonso. . . .	23
CAP. III.—Que trata de lo que en él se verá.	33
CAP. IV.—De la sabrosa plática que mantuvieron el Caballero de la Blanca Luna y su escudero Pedro Alonso	49
CAP. V.—De la llegada á una venta del Caballero de la Blanca Luna.	61
CAP. VI.—De la conversación habida entre los tres caballeros granadinos recién llegados á la venta.	73
CAP. VII.—De lo que hablaron varios pajes con Pedro Alonso y de la embajada á los caballeros granadinos por el de la Blanca Luna.	83

CAP. VIII.—Del diálogo mantenido por los tres caballeros granadinos con el de la Blanca Luna,.....	97
CAP. IX.—En el que se continúa la conversación mantenida por el de la Blanca Luna con los tres caballeros.....	107
CAP. X.—Continuación del capítulo anterior.....	123
CAP. XI.—De lo que les sucedió á los tres caballeros granadinos á su llegada á la Argamesilla.....	135
CAP. XII.—Del encuentro habido por los tres caballeros con un mozo que conducia á un lugar inmediato dos bestias cargadas.....	147
CAP. XIII.—Que trata de la llegada de los Duques á la aldea, y otros varios sucesos dignos de recordación.....	155
CAP. XIV.—Que trata de lo que verá el que leyere.....	169
CAP. XV.—De la sabrosa plática mantenida por los Duques con Sancho, Teresa y Sanchica.....	183
CAP. XVI.—De lo que sucedió al Caballero de la Blanca Luna y á su escudero al día siguiente de su encuentro con los caballeros granadinos.....	201
CAP. XVII.—De lo que á Pedro Alonso	

	<u>Páginas.</u>
le sucedió en la última noche que sirvió de escudero al de la Blanca Luna.....	213
CAP. XVIII.—De cómo acaba la relación de los sucesos ocurridos en la aldea con el más inaudito de todos los que registran los anales manchegos.....	225





